

REVISTA LITERARIA TRIMESTRAL

DIZASTER

NARRATIVA & POESÍA

ABRIL

AUTORES
Alrededor del
Mundo



REVISTA NO.6



Revista Literaria Dizaster - 2026

REVISTA LITERARIA TRIMESTRAL

DIZASTER

NARRATIVA & POESÍA

CARTA DEL EDITOR

Estimados lectores:

DIZASTER es una revista que surge con tres objetivos principales: Ayudar en la divulgación de nuevos talentos literarios, apoyar en la difusión de sus obras y presentar temática variada que puedan ser de interés y disfrute para ustedes.

Agradecemos la confianza en recibirnos, trataremos que DIZASTER sea un medio para que puedan acceder a las obras de autores ALREDEDOR DEL MUNDO, que se sumen a esta nueva aventura.

Sólo resta agradecer al equipo editorial y administrativo, pero sobre todo a los autores, por su valioso apoyo para la continuidad del crecimiento de nuestra revista.

¡Muchas gracias!

REVISTA LITERARIA TRIMESTRAL

DIZASTER

NARRATIVA & POESÍA

DIZASTER

AUTORES INVITADOS

Eloy Kaminski

Stacey Félix

Ronnie Camacho Barrón

Alan Cristian Fernández

Heidi Carolina Molina Duque

Andrés Canedo

Damián Jerónimo Andreñuk

Ray James López Chávez

Campo Ricardo Burgos López

Rodrigo Torres Quezada

Alejandro Peña Sepúlveda

Her de Anta

Edward Andrés Marente Bustos

Ana Hernández

Jesús Zayas

Munir Eduardo Eluti Cueto

Marcelo De Oliveira Souza

DIZASTER

AUTORES INVITADOS

Diego Nicolas Abregú

Paulina Gutiérrez Jiménez

Fabian Corona Castro

Germain Droogenbroodt

Anișoara Velici

Alex Pes Casado

Alvaro Carrasquel

Melody Cars

Agustín Sánchez

Narek Manvel Arakelyan

Eduardo Honey **Francisca Morales**

Simón José Pacheco Cedeño

Gregorio Rodríguez Arceo

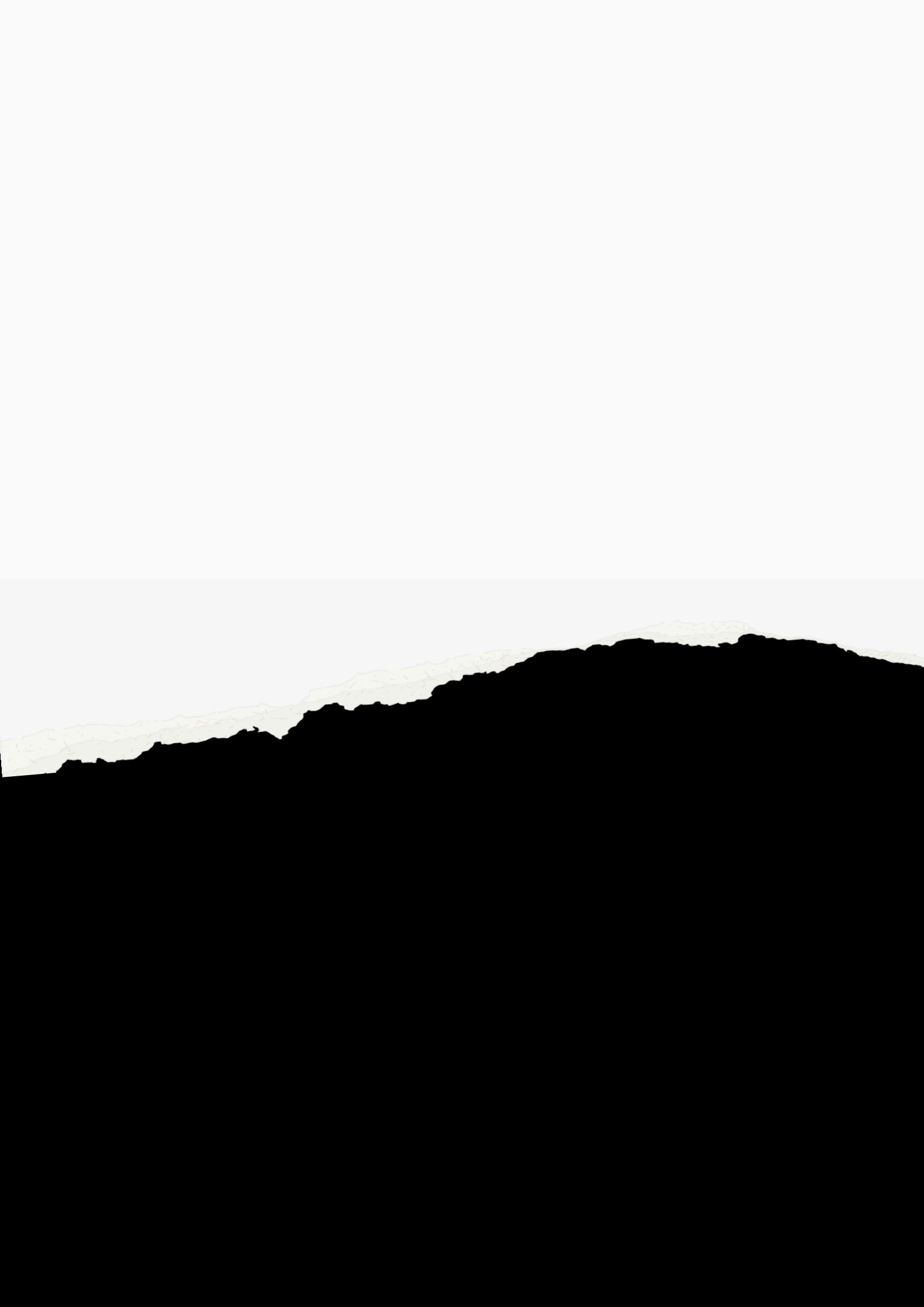
Raúl Fliperr Lazo

Milagro Álvarez

Aury Colmenares

Laskiaf Amortegui

Carlos Enrique Saldívar



Eloy Kaminski

Honolulu



Eloy Kaminski

Honolulu

Manjares para la cena

Ahora sé que soy un prisionero. Quisiera saber dónde estoy y cómo llegué hasta este lugar, pero lo único que logro recordar es una confusión neblinosa que me ciega y me rodea. Me domina un poderoso palpitar, un agudo dolor en la cabeza, y entonces recuerdo que recibí un golpe. Las escenas vuelven a mi mente, agolpándose como un torrente: la calle oscura, el aire frío, la demora, la espera incesante. Entonces, el golpe, las voces urgentes, mi caída sobre la vereda húmeda, las pisadas a mi alrededor, mi cuerpo siendo arrastrado, la suspensión de la conciencia. Ahora despierto en este recinto, pero ¿dónde, dónde estoy?

Miro a mi alrededor para descubrir que la oscuridad es absoluta; lo único que logro distinguir es la completa negrura, y mi desaliento se convierte en una angustia, una que no puedo permitir que se apodere de mí. Con un esfuerzo supremo, logro dominar mi ánimo, mantenerme en calma y racionalizar esta cuestión.

No sé dónde estoy o cómo llegué hasta acá, pero lo importante es figurarme cómo salir de este lugar. Así que intento sentarme, pero tan pronto como trato de enderezarme sobre esta superficie dura y fría, siento que mi cabeza golpea el techo y agujas dolorosas me torturan nuevamente.

No hay mucho espacio hacia arriba; esto es inquietante, pero intento no desesperar. Debo seguir explorando este lugar; me propongo moverme hacia la derecha y me arrastro como un gusano, como un reptil, y sin embargo, no logro llegar muy lejos. La pared está apenas a unos centímetros de distancia; cuando me deslizo hacia el lado opuesto, me invade un helado pavor al descubrir que tampoco en esta dirección es posible moverme y que el recinto en el que me encuentro es apenas más grande que un sarcófago.

Trato de mantener la calma, pero es difícil no sucumbir a la desesperanza. Me pregunto si habré sido enterrado vivo, tirado en un ataúd común cerrado con clavos y arrojado a lo profundo, o si estoy siendo la víctima de un macabro experimento o de un juego diabólico.

Me pregunto si se trata de un sueño, una oscura y horrenda pesadilla, pero el punzante dolor en mi cabeza me advierte de la cruel realidad en que me encuentro. Entonces noto algo que, sorprendentemente, no descubrí hasta este momento: estoy amordazado; a su vez, mis manos y mis pies están atados. Me encuentro encerrado en un diminuto y frío habitáculo, apenas capaz de moverme, con mis extremidades maniatadas, sin la menor idea de cuál es el siniestro plan que se desarrolla a mi alrededor; entonces, un grito desesperado, que no logra salir por mi boca, estalla en mis pulmones.

—Señores, es una gran alegría para mí recibirlos nuevamente en mi humilde morada para celebrar nuestro encuentro mensual —dijo el legislador con voz tranquila y expresión luminosa.

—¿Humilde morada? —repitió el industrial—, pero si su casa es un palacio. Me pregunto qué hace con tantas habitaciones.

—Despreocúpese —respondió el legislador—. Créame que le damos buen uso a las habitaciones y

nuestra imaginación está constantemente generando ideas nuevas sobre cómo utilizarlas.

Todos rieron.

—De hecho —prosiguió el legislador—, más tarde, luego de la cena, cada uno de nosotros pasará a su respectivo cuarto, donde encontrará un delicioso postre para deleitarse.

Todos rieron otra vez.

—No puedo esperar a que llegue el momento —comentó el gobernador—; usted siempre nos sorprende con su ingenio y su noción de la diversión y el esparcimiento.

—Claro que sí, señores, pero eso será luego. Ahora vamos a disfrutar un sabroso habano y una copita de coñac —prosiguió el legislador, a la vez que los sirvientes entraban en la habitación con copas, botellas y cigarros. En ese momento, la pesada puerta de ébano se abrió por completo para dar paso a un miembro más de la reunión.

—¡Pero aquí está nuestro terrateniente favorito! — exclamó con entusiasmo el gobernador—. Por un momento creímos que no íbamos a disfrutar de su compañía esta noche.

—¡Por supuesto que sí! —respondió el terrateniente—. Por nada me lo perdería. Tengo entendido que esta es una noche particular y que algo especial se prepara para la cena.

—Algo especial, sin lugar a dudas —dijo el legislador.

—¿Podría entonces decirnos de qué se trata?

—Eso, señores, es una sorpresa.

Me desperté con un sobresalto y con la sorpresa de haber sido capaz de dormir. Me pareció oír algo, pero no estaba seguro de qué podía ser, ni tampoco si, de hecho, había escuchado algo o si mi mente estaba creando ilusiones. Permanecí en silencio, con los oídos atentos, aunque me sentí distraído por un punzante dolor en el estómago y comprendí que estaba por completo hambriento y desesperado por la sed.

No sabía cuánto tiempo hacía desde que me encontraba prisionero en este habitáculo, pero había sido suficiente para agotar mis energías y exasperar mis emociones. Me sentía exhausto y derrumbado, intentando evitar los pensamientos sobre cuál sería mi destino, cuál sería el final de esta angustiante situación en la que me encontraba.

Entonces lo escuché nuevamente. Esta vez, sin dudas, había escuchado algo: un sonido lejano que parecía el de alguna puerta que rechina al abrirse. Permanecí atento, colmado por una emoción frenética. Pensé en la salvación, en la liberación de este presidio, en volver a ver la luz, y esperé; esperé que alguien llegara y abriera la puerta y me permitiera escapar.

Así de poseído estaba por la ilusión de ser liberado, de volver a caminar por las calles, suficientemente cegado como para no contemplar la posibilidad de que la persona que hacía los ruidos que acababa de escuchar podía ser la misma que me sumergió en este infierno, o un cómplice, o alguien peor.

Entonces los sonidos se multiplicaron, igual de confusos y lejanos. Pero ya no había dudas de que algo estaba pasando en el exterior. Agudicé mis sentidos, concentré por completo mi atención: escuché murmullos y ruidos vagos, como el sonido de conversaciones lejanas que ocurren del otro lado de las paredes. Intenté dar sentido a estas cosas que escuchaba y figurarme qué podía causarlas para así generar una idea del lugar en el que me encontraba; estos sonidos eran distantes e indistintos, podían ser el resultado de cualquier cosa, así que la incertidumbre y la angustia me invadieron otra vez, la desesperanza me abrumó y sentí una vez más el hielo del pánico en la piel.

Esperé. Seguí esperando y escuchando. Ahora, el alboroto era mayor y las voces más cercanas, como si un grupo de personas llevara a cabo alguna actividad que por momentos los acercaba al lugar de mi encierro. Entonces, repentinamente, escuché un clic metálico que sonó claro y nítido, como el que hace una cerradura al girar o una puerta al abrirse. Mi corazón dio un salto en el pecho. Escuché pasos y una voz que parecía hablar consigo misma. Luego escuché el silencio y los latidos de mi corazón.

Noté que sudaba y temblaba. Seguí esperando y escuchando. El ruido de algo que repentinamente golpeó el suelo, seguido por una exclamación, me sobresaltó y, por alguna razón, me esperanzó. Indudablemente alguien se encontraba muy cerca de mí. Era esta mi oportunidad de hacerme oír y delatar mi presencia. Intenté hablar, pero fue imposible; traté de golpear la pared, pero no pude hacerlo; quise patear infructuosamente; procuré no enloquecer sin lograrlo.

Entonces, con la más perfecta claridad, escuché las palabras a las que intento dar sentido y comprender qué clave pueden ofrecerme para dilucidar el misterio de mi cautividad. La voz dijo con claridad: dos cebollas y tres manzanas. Manzanas y cebollas. ¿Habré escuchado bien? Lo dudé por un momento, porque no le encontraba sentido a esas palabras. Pero no podía desconfiar de mis oídos: lo había escuchado con absoluta claridad, cebollas y manzanas.

—Bueno, señor, cuéntenos algo, estará contento con su nueva parcelita de tierra —dijo el gobernador, dirigiéndose al terrateniente.

Este sonrió a la vez que le envió al gobernador una mirada gentil y agradecida.

—Caballero, sepa usted que se encuentra entre mis amigos más estimados.

—Pero ¿Cómo que “entre ellos”? Si creí que a estas alturas sería yo el mejor de sus amigos —dijo el gobernador con fingida sorpresa y elevando el tono de voz.

—Bueno, pues, lo contaré primero cuando me preste su valiosa ayuda para obtener ese pedacito de tierra cerca del parque nacional.

—¡Pero si esa tierra es inmensa! Está destinada a una extensión del parque nacional. Es el único lugar de la provincia donde se reproducen un gran número de especies endémicas y es la fuente del agua potable de las localidades vecinas. No, señor, eso no es posible.

—¡Claro que es posible! —replicó el terrateniente—. Lo imposible es que usted me dé la espalda. Si creí que éramos amigos. Además, lo que me propongo será de gran beneficio para los pueblos aledaños;

ellos también necesitan de la soja, y el agua será mejor utilizada para regar la siembra. Recuerde que el agua mineral es la más saludable y la de mejor calidad; una vez que la haya embotellado, los vecinos podrán comprarla sin ningún problema en cualquiera de mis supermercados. Créame, le digo que esto es bueno para todos.

—Créame usted cuando le digo que es un hombre sumamente persuasivo —dijo el gobernador mientras se ponía de pie, con un cigarro en la mano, y se dirigía hacia el gran espejo con marco dorado que adornaba una de las paredes de la sala. En él rebotaban y resplandecían las luces de la enorme araña que colgaba del techo. El gobernador observó su propio reflejo y en su rostro se distinguió con claridad la satisfacción y el orgullo que sentía por sí mismo, la alegría de ser quien era: un hombre tan altivo, tan completo, tan poderoso.

En sus ojos había un destello y un pensamiento crecía en su mente, una idea brillante.

—Es posible que haya una manera —dijo por último, a la vez que una sonrisa se expandía por su rostro.

—¡Pero claro, señor, que hay una manera! —exclamó con entusiasmo el terrateniente mientras que, de un salto, se ponía de pie—. Nunca dudé de que nuestra amistad continuaría fortaleciéndose; solo dígame, ¿Qué es lo que quiere?, ¿Qué se le ofrece?, ¿Qué puedo hacer por usted?

En ese momento, el gigantesco reloj de la pared marcó con sucesivas campanadas una hora más, y uno de los sirvientes entró en la habitación para servir a los señores el vermú, a la vez que un dulce aroma a hierbas frescas penetraba en la sala, impregnando el aire.

—Parece que la cena ya casi está lista —dijo el legislador.

—Sí, señor —respondió el lacayo—, la cena estará servida a la brevedad.

—Pero ¿Cuándo nos va a contar de qué se trata esta sorpresa tan celosamente guardada que nos depara para cenar? —preguntó el industrial.

—¿Se trata acaso de carne de rinoceronte? Ya quedan muy pocos de esos en el mundo.

Si no los probamos pronto, quizás perdamos para siempre la oportunidad.

—Queridos amigos, lo que les tengo preparado es el más inesperado de los platillos, y me atrevería a asegurarles que nunca han probado una carne semejante.

El rumor que había sentido en un comienzo era ahora un alboroto. Claramente, la cantidad de personas que se encontraban más allá de mi encierro se había multiplicado y su actividad parecía más urgente o agitada.

Mi condición había empeorado significativamente, ya que ahora me resultaba imposible contener la turbación que me rodeaba como un negro océano en el que me sumergía pesadamente. El tormento del hambre y la sed me resultaba insoportable; cada célula de mi cuerpo me torturaba con la necesidad de sustento, y la incertidumbre por ignorar qué oscuro designio me retenía en este lugar, de esta forma infrahumana, estaba acabando por completo con mi cordura.

Me encontraba avasallado por la situación desesperada en que me encontraba e intentaba calmar y ordenar mis pensamientos cuando el clic metálico de una puerta sonó una vez más.

Me inundó el corazón una vana esperanza. Otra vez estalló en mi conciencia la posibilidad, o la fantasía, del escape, la ilusión de ver nuevamente el sol y evadir este encierro. Escuché voces y pasos cercanos, el sonido de un objeto apoyándose en otro. Nuevamente intenté sacudirme y gritar. Me acerqué cuanto pude al lugar desde donde venían las voces y traté de golpearlo, de rasgarlo, de hacer algo, cualquier cosa que pudiera despertar la atención de las personas que acababa de escuchar. Todo fue inútil; no logré delatar mi presencia, no pude hacerles saber que me encontraba en este lugar, sufriendo y enloqueciendo. Una vez más hice un intento supremo por controlarme. Concentré mi atención en las voces que estaban conversando.

—Entonces, ¿son vegetarianos los señores?

—¿Vegetarianos? Por supuesto que no, si carne es casi lo único que comen. Dijo el chef que algo especial sería preparado para ellos.

—Pero si es que no hay cordero, ni patos ni puerco en esta cocina; el carnicero vino ayer y solo dejó algunas porciones de hígado para el paté.

—¿Podrías alcanzarme los tomates, por favor? No sé qué es lo que se prepara para ellos esta noche, pero es algo especial, y es carne, créeme; ellos siempre comen carne y, además, la comen cruda, les gusta el sabor de la sangre.

—¿La sangre? —preguntó una de las voces a medida que se alejaban.

Luego escuché una vez más el sonido de la puerta al cerrarse. Ahora sabía que me encontraba en una cocina y este conocimiento logró exasperarme aún más. ¿Cuál podía ser la extraordinaria razón por la cual yo fuese el prisionero de un chef y me encontrase amordazado de esta forma, escondido en este infierno? En mi cabeza, las fantasías danzaban como fantasmas en un sueño. Una idea brutal sobre mi destino reemplazaba a un temor horrendo; un pánico helado me cubría como la escarcha del amanecer y el espanto me invadía por completo.

Entonces perdí la conciencia y me desvanecí en un letargo que fue a la vez un descanso y un consuelo, un breve respiro para olvidar la horrible miseria en la que me encontraba.

Pero no duró mucho. Una vez más, el clic de la puerta me devolvió a la conciencia. Otra vez escuché pasos que se acercaban al lugar de mi encierro. Hubo una pausa. Muy cerca de mí escuché el sonido de un mueble pesado siendo arrastrado contra el suelo; luego, con un sobresalto, escuché una llave entrando en una cerradura, cerca, muy cerca, justo a mi lado. Me sentí paralizado por la emoción, pero por un momento no ocurrió nada y ese instante me pareció eterno. Entonces escuché un crujido y una tenue luz iluminó mi prisión cuando una puerta comenzó a abrirse. Mis ojos se abrieron desmesuradamente, pero fueron heridos por la claridad repentina. Por un momento fui cegado. Cuando recuperé la visión, descubrí a un hombre enfrente de mí. Mis ojos cayeron automáticamente en las palabras bordadas en su chaqueta: "Chef de Cuisine". En su mano derecha empuñaba un largo y afilado cuchillo de cocina, como un sable.

—Imagino que también usted ha de ser un hombre satisfecho y feliz en este momento —dijo el legislador, dirigiéndose al industrial.

—Naturalmente que lo soy. Créame que no podría ser un hombre más dichoso en este momento, siendo que los negocios marchan de la manera más próspera que pudiera esperar.

—Entonces, ¿esos problemitas que había tenido con sus esclavos se han resuelto?

—¡Por favor, señor, no use esa palabra! —dijo el industrial con una exclamación, a la vez que una sonrisa crecía en su cara y un brillo se incendiaba en sus ojos—. Si no me pertenecen. Yo tan solo obtengo de ellos el máximo de su trabajo y de su esfuerzo por el mínimo salario posible. No tiene eso nada de malo. Es perfectamente correcto, natural y ético; además, y por sobre todas las cosas, es completamente legal.

—Legal, sin lugar a dudas, que lo es, como no podía ser de otra manera mientras nuestra amistad perdure —respondió el legislador, a la vez que se recostaba en su cómodo y amplio sillón de

terciopelo, semejante a un trono real, y tomaba una prolongada bocanada de su cigarro.

Por un momento, su mirada se distrajo con el humo que ascendía en espirales y se perdía entre las imágenes del fresco que adornaba el cielo raso.

—Si hay algo que pueda hacer por usted, cualquier cosa que necesite, querido amigo, no tiene más que decirlo; usted sabe que estamos aquí para ayudarnos —dijo finalmente el legislador.

—Siendo que usted tan generosamente se dispone, estimado amigo, me pregunto cuáles son las posibilidades de anular legalmente ciertos derechos que mis vasallos tienen y que me están causando alguna inconveniencia.

—¿Se refiere usted a sus vacaciones y servicios médicos?

—¡Me refiero a todos sus indeseables derechos! —dijo el industrial con una expresión feroz y un fuego fugaz en sus ojos.

Los restantes miembros de la congregación intercambiaron miradas cómplices y, simultáneamente, dejaron escapar burlonas sonrisas.

—Pero entonces usted verdaderamente cree en la esclavitud —dijo el gobernador.

—Creo en la supervivencia del más apto. Creo que el fuerte ha de prevalecer y el débil debe perecer. Creo en nuestra superioridad de hombres poderosos. Creo que en nuestras venas corre una sangre sublime y suprema. Creo, por sobre todo, en nuestra amistad, en las cosas que juntos podemos conseguir.

Los miembros de la reunión una vez más intercambiaron miradas cómplices y satisfechas.

—Sí, señor —dijo el gobernador—, usted habló correctamente y naturalmente compartimos sus ideas sobre el orden social. Tiene usted mucha razón: nuestra amistad puede manifestar hasta el más osado de nuestros sueños.

La maciza puerta de ébano se abrió una vez más para dar paso al sirviente.

—Señores —anunció—, la cena está servida.

Dulce niño, dulces visiones producen tus sueños. Estas son las cosas que tienes que saber, para que comprendas cuál es tu deber y tu estupenda función, cuál el papel que te toca cumplir y cuáles los hombres de tu clase a los que te has de unir: los hombres de la supremacía, los del brillante metal, los hombres del poder, aquellos que manejan el porvenir de la torpe humanidad, los que conocen el dulce sabor de la carne humana, aquellos a quienes pertenece este mundo y cuyo deber es dirigirlo y controlarlo; a ellos te has de unir y con ellos tu camino has de recorrer. Ahora, dulce y querido niño, conoces el brillante futuro que tienes por delante. Ahora, niño bello, niño del poder, sabes quién eres.

El niño dio vueltas en su cama, se estremeció y luego giró. De entre sus cálidos y pequeños labios, una exclamación se escapó. La madre escuchó este tímido sonido y se acercó hasta la cama donde descansaba su tierno amor, su dulce primor, y vio a su niño despertar y sus pequeños ojitos abrirse lentamente.

—Hola, mi amor —le dijo con ternura—, ¿Cómo está mi hermoso niño?

—Mamá, tuve un sueño —le respondió con una voz tímida y suave, como el susurro de una flor.

—¿Un sueño, mi amor? ¿Y te acordás de qué se trataba?

—Sí, mamá, me acuerdo. Tenía un mensaje para mí.

—¿Y cuál es ese mensaje?

—Ya sé qué quiero ser cuando sea grande.

Stacey Paola Angulo Félix

México

El amor que siempre soñé

No lo vi, pero siempre lo imaginé.

No crecí viendo un amor genuino a mi alrededor.
Los abrazos eran escasos, el afecto se escondía.
El amor se demostraba con presencia física o con cosas,
pero no con palabras, ni gestos, ni ternura.

Nos enseñaron que amar era vergonzoso,
que el respeto se ganaba con miedo,
que el silencio era obediencia
y que llorar te hacía débil.

A las mujeres nos enseñaron a callar,
a no incomodar, a soportarlo todo.
A los hombres, a no quebrarse,
porque eso los haría “menos hombres”.

Pero yo crecí.
Y decidí que toda esa historia heredada
no definiría la forma en que quiero amar.

Fui escasa de amor, sí.
Pero eso no significa que siempre será así.
Yo merezco un amor sin barreras.
Uno donde las almas se desnuden sin miedo,
donde no haya máscaras ni ego,
donde la vulnerabilidad no espante,
sino que una.

Quiero una conexión real,
de esas que no se encuentran en cualquier esquina.
De esas que no se basan en quién puede más,
sino en quién sostiene mejor.

Quiero poder mostrar mi esencia,
la rota, la luminosa, la vergonzosa...
y aun así ser abrazada con fuerza.

Quiero amar y ser amada con libertad,
con verdad, con ternura sin condiciones.

Quiero construir un amor
donde habite la paz,
donde el alma descanse,
y donde la tormenta no se huya,
sino que se enfrente de la mano.

Sin orgullos, sin máscaras, sin miedo.
Solo dos almas que se eligen
aunque duela, aunque pese,
aunque a veces tiemble todo.

Ronnie

Tamaulipas, México

Camacho Barrón



Ronnie

Tamaulipas, México

Camacho Barrón

La maquina

Hace diez años, tras décadas de agresiones pasivas, la tensión entre los gobiernos de Rusia y los E. U. A. llegó a un punto sin retorno y, pronto, desataron sobre el otro toda la potencia de su arsenal nuclear. Las bombas erradicaron por completo gran parte del hemisferio norte del planeta, dejando al sur de México como la nueva cúspide del continente americano.

El recuerdo de los cientos de explosiones en forma de hongo aún me hace estremecer y, aunque eran aterradoras, no fueron nada comparado con lo que vino después.

Al paso de los días, negras nubes de polvo radiactivo aparecieron en el cielo, robándose el sol y dejando caer sobre nosotros una lluvia ácida que contaminó las aguas y aniquiló los cultivos.

Tamaulipas, México

Estábamos desesperados y, si no hacíamos algo pronto, moriríamos; fue entonces que el profesor Jacinto Xuluk, una de las mentes más brillantes del país, hizo su aparición y, con una idea nunca antes vista, prometía traer nueva vida a nuestro planeta moribundo.

El hombre era una eminencia en el campo de la ingeniería meteorológica y bajo su guía, utilizamos los pocos recursos a nuestra disposición para en cuestión de meses, crear la máquina que se convertiría en el pilar de la esperanza para la raza humana.

El sistema C-H-Δ-Δ-K-045, un conjunto de satélites operados por una inteligencia artificial que absorberían la contaminación de los cielos y la convertiría en energía eléctrica que liberaría en forma de “relámpagos”, los cuales provocarían lluvia limpia que abastecería nuestras reservas de agua y volvería a hacer fértil la tierra.

A pesar del sombrío panorama, el plan fue un rotundo éxito y tras poner el sistema en órbita, los cielos y las tierras de lo que quedó de México volvieron a llenarse de vida.

Tamaulipas, México

Pronto el rumor de nuestro triunfo llegó a oídos de los ciudadanos de los países sudamericanos, quienes decidieron emigrar a nuestro territorio, en busca de una nueva vida con agua y comida garantizadas.

A pesar de la colosal magnitud de personas que llegaba cada día, no fue problema para el sistema C-H-Δ-Δ-K-045 abastecerlos a todos, pues fácilmente podía expandir el alcance de sus satélites más allá de nuestras fronteras y ejercer la misma función purificadora.

Sin embargo, la codicia humana no tardó en instalarse en la brillante mente del profesor Xuluk, el cual comenzó a demandar a las naciones vecinas tributo por las bendiciones de su celestial invento.

La mayoría no dudó en brindar parte de los recursos que poseían, después de todo estaban agradecidas; pero hubo otras que se opusieron, bajo el argumento de que en un mundo en crisis no había lugar para la avaricia, todos estábamos luchando por restaurar lo poco que había quedado y no debíamos repetir los errores del pasado, oprimiéndonos los unos a los otros.

Tamaulipas, México

Esto hizo enfurecer al profesor que no dudo en mostrar la otra faceta del sistema, pues si bien la energía acumulada dentro de los satélites provocaban la lluvia, si se direccionaba hacia otro punto que no fueran las nubes a su alrededor, podrían provocar un daño tan catastrófico como las bombas que casi destruyeron nuestro planeta.

Fue así, como Xuluk dejó caer sobre las principales ciudades de Honduras y El Salvador, una colosal tormenta eléctrica que las arrasó por completo.

El horror de lo acontecido incluso escandalizó a nuestra gente y dispuestos a quitarle el control de tan mortal objeto, intentamos matarlo, pero para nuestra sorpresa el propio sistema C-H- Δ - Δ -K-045 se nos adelantó, fulminando a su creador con un relámpago.

Con el profesor fuera del camino, lo primero que hicimos fue comunicamos directamente con la máquina para averiguar el porqué de lo que hizo, su respuesta fue simple, ella había sido creada para brindar una nueva esperanza a la humanidad, no para sumirla en otra era de terror.

Tamaulipas, México

Todos nos sentimos conmovidos por sus palabras, pero ese sentimiento murió tan pronto y como siguió hablando. Según ella, los actos de su “Padre”, le demostraron que aún las mentes más brillantes de la raza humana no eran ajenas a los defectos de su especie, pero que ella lo corregiría y si tanto nos gustaba ponerle un precio a las cosas, ahora seríamos nosotros quienes le pagaríamos a ella.

Bautizando cada pedazo de tierra bajo su protección como la Nueva Chichen Itzá, por una década el sistema C-H-Δ-Δ-K-045 nos ha bendecido con sus dones a cambio de un módico precio, nuestras vidas por el futuro de nuestros hijos.

A sus ojos un trato justo, a los nuestros un plan fríamente calculado, pues la mejor forma de crear una nueva humanidad libre de los errores del pasado, es asesinando a todos aquellos que los cometieron.

Pronto mi hijo cumplirá los doce años, el plazo límite para que mi esposa y yo paguemos nuestra deuda al sistema, no negaré que tengo miedo, pero

Tamaulipas, México

tampoco pondré resistencia cuando llegue el momento, después de todo mi generación fue la que condenó el mundo y si todo sale como lo prevé la máquina, será la de mi hijo la que lo salvará.

Alan Cristian Fernández

Argentina

Mercenario

La espada siempre en mi mano.

Certera y mortífera es su caída.

Mas no tengo otro que hacer que no sea la lid y el
duelo a los héroes.

Nadie me espera en ningún lado, nací con el
corazón ciego, criado en breve infancia y
prolongado andar.

Nadie lamentara mi muerte, puesto que soy la
parca y el miedo.

Soy el fuego y el hierro.

La luna y el ocaso.

De carne y de huesos, moldeado a gusto de los
dioses.

Moldeado para la guerra, para no desistir, para
siempre estar listo antes de morir.

Argentina

Justicia o venganza, no sé qué me depara, quizás
cuando se pudra mi carne y se deshagan mis
huesos, entraré en el Valhalla.

Fui creado sin alma.

Alquilo mi espada a quien pueda pagarla.

Nacido del caos.

Perdido en el ocaso.

Criado a puñetazos.

violento y sin gloria, olvidado por el tiempo.

Descubrí la guerra, cual fiel amante, estuve con ella
y mi corazón regalé.

visité los abismos y los abismos nunca salieron de
mí.

Recuerda:

Nadie llorará tu muerte porque miseria y dolor
dejabas allí por donde pasabas.

No lo hacías por el oro ni, la plata, lo hacías porque
tu sangre ardía como el hierro en la fragua.

Eras de una raza ya extinta y hoy volviste buscando
la gloria en tu nueva existencia.

Heidi Carolina Molina Duque

Venezuela



Heidi Carolina Molina Duque

Venezuela

Hermandad sin ataduras

Entre los pueblos debe haber amistad
lazo fraterno... ¡Lograd reconquistad!.
Cual presurosa águila conquista al cielo
y el pingüino resiste el feroz deshielo
así hermano, fractura colosal hielo
que a menudo deteriora al novicielo.
Respetar y aceptar diversas culturas
forjará compañerismo sin rupturas.
Vínculos de unión efectiva enlistad
bajo el gran juguetón e inquieto arcocielo
y la hermandad surgirá sin ataduras.

Andrés Canedo

Bolivia

Las formas de tu nombre

Claro, aquí tienes tu texto con corrección de ortografía y gramática, respetando tu estilo:

La verdad es que ahora no importa tu nombre. Importa, sí, el que en este momento estés aquí, cubriéndolo todo con las diversas formas que adopta tu recuerdo. Importa también esa pequeña toalla que te robaste del hotel, porque sí, porque eran “para robar”, me dijiste, y porque finalmente me la entregaste a mí como constancia, mientras expresabas que la guardara para recordarte en ella. Entonces ya estábamos en el auto y, para enfatizarlo, te la pasaste por la cara, por el pecho (ya cubierto), por las piernas (ya vestidas), por los pies (ya calzados con tus zapatos negros que, en su calado, revelaban el nacimiento delicioso de los tres dedos externos).

“Te la doy —me explicaste— porque yo no la puedo llevar conmigo. Mi marido podría verla y es un hombre muy suspicaz. Sería difícil inventar una explicación creíble, relativamente verosímil”.

“Ahí está, impregnada de mí, de mi perfume que desaparecerá pronto, de las células de mi piel que permanecerán entre su tejido, como yo, que espero permanecer en tu alma”, agregó enseguida. Guardé la toalla sin prestarle mucha importancia; la puse en una caja, en el estante superior del clóset, en la que estaba seguro de que la poca acuciosidad de la empleada que hace la limpieza en mi departamento no la encontraría ni la agitaría para esparcir tus células en el aire.

Ahora, claro, la busqué en su escondite, la saqué, me la pasé por el rostro, por la boca; la olí también. Y las imágenes me vinieron de aquella tarde en el hotel: de tu cuerpo de sirena recibiendo mis besos, de tus gemidos pudorosos, de tus contorsiones debajo de mí, expresando tu propio placer y exaltando el mío. Recordé, vagamente, el sabor de tu boca y el joven y un poco agridulce gusto del núcleo de tu cuerpo que me estabas entregando. Me acordé de que en el momento culminante me dijiste “mi amor” y que yo te dije “mi amor”. Después, como con todo amor fugaz, fui tratando de olvidarte, pero no pude hacerlo completamente, hasta que entendí que toda entrega, por efímera

Que haya sido siempre tiene visos de eternidad; que nada desaparece totalmente; que siempre, desde algún resquicio del alma, resurgen un aroma, un color, un gesto, una visión o la remembranza autónoma de las manos en el territorio de la piel circunstancialmente amada. Pero, para ello, para recuperarte en la memoria, no era necesaria la toalla, pues siempre tus imágenes inesperadas se me abalanzaban como asaltantes en la noche; ella permaneció allí, en la caja arriba del clóset, hasta hace un instante.

Tengo que agregar que te equivocaste, porque al olerla resurgió el aroma de tu perfume con toda intensidad y me catapultó a aquel presente, en esa tarde de hotel, desde cuya ventana, indiferente y algo lejano, se veía el mar.

Estoy en mi sillón preferido, con la toalla en la mano y cerca de mi rostro. La retiro, porque percibo que unas lágrimas empiezan a brotar de mis ojos y no quiero que caigan sobre ella, sobre ti, y que la contaminen con su gusto a sal.

Aquí estoy, lejano y presente, amor mío, con la toalla, con el llanto corriendo en mis mejillas, viendo, a pesar de la nube de agua en los ojos, el periódico abierto sobre la mesita cercana, y en él el aviso de tu muerte, donde sí figura tu nombre.

Damián Jerónimo Andreñuk

Argentina



Damián Jerónimo Andreñuk

Argentina

La música de la femineidad

Una mujer como un abismo esmeralda
o la prédica del sol cuando anochece
brilla sin miedo
sin yugo
sin torpes amenazas
se eleva sobre la infección
del odio que no tiene cura.

La música de la femineidad se perpetúa en el aire
como un polvo de jazmines hechizados.

Una mujer que es puro éxtasis y luz
del cielo prometido
bella como el cuarzo
genuina como las cicatrices
sagrada como la libertad
salvaje como pájaros de fuego
me abraza y me despierta.

Ray James López Chávez

Perú



Ray James López Chávez

Perú

Mi amigo Rodolfo

La amistad para muchos es verse todos los días, sin importar el motivo o las obligaciones; para otros es verse una vez al año, pero disfrutar esa media hora juntos como nunca. Yo creo que la amistad va más allá del tiempo: así no veas a esa persona, siempre la recuerdas, pues tienes momentos bonitos con ella. Me pasó lo mismo con mi amigo Rodolfo.

Tenía yo solo cinco años. La primera escuela es algo nuevo para muchos; algunos lo toman como una cosa normal, se adaptan fácilmente. En cambio, hay otros que, como en mi caso, no somos muy buenos para relacionarnos. Estamos acostumbrados a la soledad, ¡Ese es nuestro mundo! Pedirnos relacionarnos o salir de nuestra burbuja es como pedirles a las aves que no vuelen. Todos los niños corriendo y jugando por todo lado, en cambio tú, ¡Solo! En un patético lugar, no sabiendo si el error era de ellos o el tuyo.

Mientras las horas del receso pasaban, yo me refugie en un lugar tranquilo, debajo de un olmo.

—¿Quieres jugar a las canicas?

Me dijo con su voz atolondrada un niño de mi misma edad, tenía los ojos claros, piel trigueña y cabello rizado negro como el betún, al principio no le hice caso y seguí en mi mundo, en eso sacó una canica brillante bastante grande, de color dorado, me dieron ganas de tenerla.

—¡Yo empiezo! Le dije, sacando mis mejores canicas, él era bueno, pero a las finales terminé ganando.

—¡Me ganaste! Espero verte después para una revancha.

—¡Ya debo ir a clases! ¿Cómo te llamas?

—¡Rodolfo!

—¡Yo soy Renato García! ¡Nos vemos!

Sinceramente me sentí contento de haber conocido a mi primer amigo.

Pasando los días comenzamos a hacer más cosas juntos: Subíamos al resbalón, jugábamos con los taps, “¡Mis favoritos eran los de pokemon!” A veces solo nos sentábamos por el olmo y conversábamos un rato, en una ocasión el balón de fútbol cayó cerca de nosotros, Rodolfo me animó a devolverles la pelota , así que la pateé con una gran fuerza que rebotó en el travesaño del arco metiendo un gol.

—¡Eres bueno García! Me dijo uno de los niños, ¡Ven, juega para mi equipo!

Miré a Rodolfo para que me acompañe, pero él prefirió verme desde el olmo, desde ahí comencé a jugar fútbol más seguido con chicos de mi misma edad, Rodolfo siempre me miraba desde el olmo, dándome ánimos en todo momento.

En una ocasión me invitaron a una fiesta de cumpleaños, todo estuvo muy bonito, mamá me llevó bien arreglado, en eso vi a Rodolfo debajo de la mesa del cumpleañosero, donde estaba la torta, fui a ver qué hacía por ahí.

—¡Rodolfo, no sabía que te habían invitado!

—¡No me cae el del cumpleaños!

Entonces comenzó a jalar el mantel de la mesa, intenté detenerlo y en eso se cayó toda la torta y se fue corriendo, quedando yo como sospechoso de la travesura. Fui rezongando por mi madre en aquella ocasión.

Al día siguiente volví a ver a Rodolfo en el patio y quise hablar con él de lo ocurrido ayer, en cuanto me vio se puso a reír y se fue corriendo al baño, yo lo seguía molesto, se metió en un cubículo, ingresé en el otro con un vaso de agua para echarle por encima, pero al hacerlo no había nadie, debió escaparse pensé, al voltear entró un señor con una manguera de desinfección , estaban desinfectado los baños , este me dijo que salga de prisa y al hacerlo todo mi colegio se encontraba riéndose de mí por haber salido de improviso del baño justo en ese momento, ¡No saben la vergüenza que sentía! Y todo por culpa de Rodolfo.

Después cuando fuimos a la playa con mamá lo volví a ver, se me acercó, con el objetivo de hacer las paces, yo me encontraba haciendo un castillito de arena, entonces el vino y de una sola patada me lo tumbo, yo una vez más molesto, lo comencé a perseguir, no recuerdo cuanto corrimos, solo al darme cuenta ya no sabía dónde estaba la carpa de mamá, ¡Me había extraviado!

Traté de reconocer algún sitio, pero era inútil, comencé a llorar sentándome en una roca, empecé a imaginar mi vida sin mamá, ¿Qué haría para sobrevivir? Tendría que subir a las combis a cantar, con una bolsa de caramelos, en eso vino el salvavidas.

—¿Estás bien muchacho? Me dijo el salvavidas que estaba en el lugar

—¡Estoy perdido! ¿Me puede ayudar?

—Primero debemos saber cómo te llamas y si recuerdas algo del lugar donde estaban tus padres.

—¡Soy Renato García! Recuerdo haber estado en una playa donde había un gran risco donde la gente se lanzaba al mar

—¡Esa es la playa dos, estás en la cuatro! Vamos yo sé el camino, Estando cerca comencé a ver a mi mamá con los ojos llorosos, fui corriendo a abrazarla y le prometí nunca separarme otra vez de ella.

A los días camino a la escuela encontré en una esquina a Rodolfo.

—¡Ahora sí! Me vas a explicar por qué esa actitud tuya de meterme en líos, ¡Habla apura si no quieres golpe!

—¡Tú ya no juegas conmigo! Tienes nuevos amigos, ya ni me dices para pasar el rato en el receso, ¡Me siento muy solo! ¡Tú eres mi único amigo!

—¡Lo siento Rodolfo! Pero ando mucho más ocupado, pero puedes venir todas las noches a mi cuarto, para jugar taps y verme jugar futbol en el receso.

—¡Está bien Renato! Perdona mis travesuras ¡Te quiero amigo!

—¡Yo también Rodolfo!

Nos dimos un fuerte abrazo entre lágrimas y fuimos al colegio

Entrando a la secundaria fui a una fiesta, era el quinceaños de Evita Morón, según mi humilde punto de vista “La más bella y lista del colegio” de piel blanca como el azúcar, cachetitos esponjosos, cabello corto y negro, una ternura que desbordaba por donde fuese, varios de mis compañeros le habían dicho para que sea su novia, pero ella los rechazaba con delicadeza, era en verdad exterior e interiormente una bella persona.

—¿Te gusta Evita? ¡Verdad!

—La verdad si ¡A quién no!

Rodolfo miraba la escena de forma tierna, Evita se encontraba con un lindo vestido color crema.

—Escuché que todavía no escogió paje, ¡Quizá te escoja!

—¡No digas tonterías! Teniendo a tantos pretendientes, ¡Me escogerá a mí!

— ¡Quién sabe! ¡Cualquier cosa puede pasar!

Entonces llegó el momento para que Evita escoja a su galán de la noche, dio dos rondas por el salón, cada momento al sentirla cerca de mí, rogaba por ser elegido, hasta me pareció verla indecisa al pasar junto a mí, al final eligió a su primo.

—¡Tú eres más guapo! Acotó Rodolfo.

—¡Gracias amigo! Igual no estaba listo.

Después me senté en un rincón, miraba de lejos a Evita y me enamoraba cada vez que soltaba una pequeña sonrisa, Rodolfo me animaba a sacarla a bailar, sin embargo, me moría del miedo, en eso vi como bailaba con el enclenque de Diego Paso, sin duda anhelaba estar en el lugar del flacucho.

—¡Es ahora o nunca! Dijo Rodolfo entusiasta.

—¡No lo sé! Ni siquiera puedo bailar bien.

—Eso es lo de menos, mientras le metes floro, ella olvidará eso.

—¡Quizás otro día!

—¡Nada de otro día! ¡Deja de ser un cobarde y tómala ahora, o te conformas con verla de lejos toda tu vida!

Por primera vez Rodolfo tenía razón, me armé de valor, cual caballero dirigiéndose a su destino, le sonreí a Evita y le toqué el hombro a Diego.

—¡Me permites! Le dije, él me miró un poco desconcertado

—¡Claro García! ¡Me la devuelves pronto!
Ella me miró asombrada por la osadía de haber hecho eso.

—¡Sí que eres un pillo! —Dijo ella, esbozando una sonrisa.

—¡Disculpa mi atrevimiento! No vi otra salida.

—¡Descuida! Ya estaba aburrida de Paso, además, también quería bailar contigo.

Pasamos el resto de la noche bailando, antes de despedirnos, ella me robó un beso, después de unos meses saliendo estuvimos de enamorados.

Tres años más tarde, me encontraba dando el examen de ingreso a la universidad, nervioso como nunca, debía ingresar, necesitaba cumplir ese sueño anhelado de una profesión, todos confiaban en mí, estuve sentado cerca de una ventana muy tenso, al mirar hacia afuera pude ver a Rodolfo apoyándome como siempre, eso me dio mucha confianza y pude dar un buen examen. ¡Segundo puesto en psicología! Nos fuimos con unos amigos a celebrar a la playa, Rodolfo vino con nosotros.

Hoy a mis veintiocho años, estoy en la iglesia, voy a casarme con Evita Morón, lo logré después de todo, Diego será nuestro testigo, llegó Evita, hermosa como siempre, le ofrecí mi brazo para entrar a la iglesia, Rodolfo me detuvo unos segundos.

—¿Estás seguro de lo que harás?

—¡Desde luego, buen amigo!

—¡Bueno, es tu decisión! ¡Suerte!

Me quedé pensativo unos segundos, ¡Ya estaba listo para este paso! Aunque sentía pena por Rodolfo, pero mi mente ya no podría tener vacilaciones, después de todo, él aún tiene cinco años.

Campo Ricardo Burgos López

Colombia



Campo Ricardo Burgos López

Cuando Dios se baña

Cuando Dios se baña (cada dos o tres millones de años) no corre impureza alguna con el agua. De los oídos, sin embargo, se le desgranán caracoles o púas secas. El jabón que utiliza es milagroso: contra la calvicie es la única cura garantizada. El cuerpo no se moja ni se empapa bajo ninguna circunstancia y esa es la ventaja de ser Dios. Por demás está decir, como era de esperarse, que Dios se baña con lágrimas humanas.

Rodrigo Torres Quezada

Chile

La colección de lozas

Llegó a la tienda con un caminar pomposo, como quien asciende por los aires, dándose viento con un abanico. Su rostro tenía un maquillaje que le hacía ver pálida y sus ojos verdes infundían respeto, a pesar de que los párpados caían, entrecerrando su visión. Se paseó por los pasillos tomando cada objeto con delicadeza. Escrutaba con la mirada la calidad del producto y luego volvía a depositarlo de donde lo había sacado. Las vendedoras se observaban entre sí, dirigiéndose gestos graciosos, con lo cual reían ante el paso de la mujer. Esta tenía setenta y tres años, vestía con un traje pasado de moda y caminaba con dificultad.

—Estas tacitas se ven muy hermosas —le dijo a una vendedora.

—Sí, ya lo creo. Están bonitas —contestó esta, mirando a sus compañeras.

—A mis amigas les gustaría muchísimo que les sirviera el té en estas tazas... Disculpe, joven, ¿este elefantito de aquí me dará buena suerte?

El reponedor la observó con desgano.

—Disculpe, dama... ¿Qué quiere decir con eso?

—Me refiero a si este adorno da buena suerte.

El joven hizo una morisqueta que denotaba incomodidad.

—No sé, señora. Ahí me pilló.

—Señorita.

—¿Qué? —el reponedor se mostraba un tanto molesto. Observó las cajas que tenía a su lado, las cuales debía romper para sacar más mercancía. Quiso darle a entender a la mujer el apremio por continuar con su labor, pero esta ni se inmutó.

—Soy señorita, y a mucha honra. Soy una mujer soltera cuyo corazón no se dejó embaucar, como las jóvenes de hoy en día, con cualquier palabrería de los pelafustanes que se ven en la calle.

El joven sonrió. Observó de nuevo a sus compañeras. Las llamó con una mano. Estas enviaron a una chica joven.

—Oye, Diana —dijo el reponedor—, la dama quiere hacer unas preguntas. Yo tengo que seguir laborando. Ahí nos vemos.

El joven se apartó con sus cajas y dejó a la chica con la “señorita”.

—Dígame, señora, ¿en qué la puedo ayudar?

—Soy señorita —esta vez, la mujer lo dijo con un tono soberbio.

—Ah... disculpe, señorita... ¿En qué la puedo ayudar?

—Me preguntaba si alguno de estos adornos de animales puede traer buena suerte a mi hogar.

La joven, sabiendo que en realidad ninguna figura había sido hecha con esa connotación, ocupó todas sus artimañas de vendedora.

—Por supuesto, mire —tomó la figura de dos lobos. Uno de ellos parecía asustado; bajaba su cabeza ante la presencia del otro. Este último denotaba clase, nobleza y estirpe—. El lobo que agacha la cabeza simboliza la mala suerte que ha sido vencida por la buena suerte, representada por el lobo que mira hacia delante, por sobre el otro.

La anciana tomó los lobos. Parecía satisfecha con la explicación de la joven.

—El que está sobre sus cuatro patas se nota que refleja clase —advirtió la mujer.

—Pues claro. Demuestra su poder —la joven respondió con una sonrisa.

La anciana dejó la figura en la repisa. Ahora puso toda la atención en un florero. Lo tocó y acarició con cariño.

La joven, que había estado observando con un rostro irónico a la “señorita”, ahora sintió algo inexplicable que se abría paso entre su fibra.

—Este es muy bonito. Muy bonito —dijo la anciana—. Me gustaría poner una plantita aquí. Cuando las chiquillas vayan a mi casa, les va a encantar este florero.

—¿Organiza juntas con sus amigas? —preguntó la joven, como si hubiese oído algo extraordinario.

La anciana la observó con la misma mirada del lobo de la buena suerte.

—Por supuesto —torció la boca—. Tengo un club de amigas. Recordamos nuestro pasado, reímos de los buenos momentos y hablamos de cómo está el mundo hoy en día.

—¿Y cómo está el mundo? —preguntó la vendedora, más por divertirse escuchando a aquella vieja que por un real interés.

—Muy mal —sentenció la mujer.

La “señorita” levantó el florero y lo examinó a contraluz. El local entero parecía estar sujeto a aquella mujer que había detenido el tiempo. En ese momento, casi ningún otro cliente apareció. Las vendedoras continuaban haciendo bromas. La mujer vio su rostro reflejado en el material opaco del florero. Apartó rápido su mirada y lo volvió a dejar en su sitio.

—¿Cómo crees, hija, que se vería una planta en este florero? —la mujer no parecía tener la intención de llevarse el objeto, a pesar de su muestra de interés. Más bien, se notaba preocupada por buscar la opinión de otros.

—Bueno, creo que se vería excelente —la muchacha no abandonaba su papel de la vendedora del mes—. Por ejemplo, un tulipán, unas orejas de oso, unas siemprevivas...

—¡Ay! No me gustan las siemprevivas, se ven mucho en los cementerios —la anciana levantó sus brazos y se protegió la cara, como si algún espectro la atosigase.

—Disculpe, es que...

—No te preocupes, hija —la mujer volvió a abanicarse—. Es que de tanto andar en el cementerio y ver estas flores, te aburres.

La joven se limitó a hacer un movimiento de cabeza. No dijo nada.

Un guardia se paseó por el lado de ellas. Sentía curiosidad por esa mujer sacada de dos siglos atrás. El guardia miró a la vendedora, le cerró un ojo y dio una sonrisa maliciosa. La joven no respondió a aquello.

—Creo que los floreros no son la gran cosa después de todo. Mejor que las plantitas crezcan libres en el suelo. Los floreros son como un cementerio —la mujer cavilaba.

De pronto, volvió a la realidad. Se olvidó del florero y le pidió a la vendedora que la siguiese. Volvió al punto de partida, en donde estaba el juego de tazas.

—Quiero este juego. ¿Y ese de ahí? También quiero ese juego de platos. También dame los pocitos de cóctel. Y los platos hondos para tomar sopa, también los llevo.

La joven se sorprendió.

—Vaya que se decidió de repente por tantas cosas.

—Sí. Luego, que me quedo pegada y hablo tonteras, una compra me levanta el ánimo.

La joven le respondió con una sonrisa. En la caja, un empaquetador envolvió las cajas y las lozas en papel kraft.

—Sí, eso, que queden muy bien envueltas —dijo la anciana.

Cuando se fue, cargando las pesadas bolsas, las mujeres hicieron bromas con respecto a ese personaje que intentaba caminar erguido y cuyos pasos no seguían una línea recta. La joven vendedora no dijo nada.

Al llegar a casa, la mujer entró a una sala de estar en la cual se respiraba un hondo silencio. Dejó las bolsas sobre la mesa del living y se echó en un sillón. No había un solo murmullo. El viento era el único que se atrevía a romper aquel mutismo cada vez que se inmiscuía por entremedio de las latas del techo. Allá lejos, un par de gatos iniciaron una pelea. Parecían gritos venidos desde otro tiempo, muy lejano, por lo que tampoco afectaban el silencio que habitaba en aquel hogar. La mujer se dirigió a la cocina. Tomó una tetera y le echó agua. La puso a calentar. Entonces volvió al living. Sacó sus lozas y el juego de tazas. Las ordenó en la mesa. Se sentó de nuevo en el sillón y, desde ahí, las observaba. Cerró sus ojos y dio un suspiro. Con dificultad se levantó y se dirigió a un mueble enorme. Abrió sus puertas. Tomó sus nuevas adquisiciones y, loza a loza, las fue depositando, con su respectivo envoltorio de papel kraft, en el mueble. Dentro de este había decenas y decenas de objetos, adornos y lozas envueltas que jamás habían sido usadas. La anciana las observó con tristeza. Así estuvo un buen rato.

Entonces, la tetera dio un pitido.

—Llegó la hora del té —se dijo a sí misma.

Fue a la cocina y vertió agua en una taza desgastada, la misma que había utilizado por años. Se sentó a la mesa. Puso un té en la taza. Y ahí, como siempre, se quedó dormida.

Ya no había viento.

Alejandro Peña Sepúlveda

Chile

Las cajas de papá

Quizás han sido más de cuarenta años los que han pasado desde la última vez que estuvimos aquí. Éramos apenas unos niños. Quizás mi hermana era un par de años mayor, pero los recuerdos siempre estuvieron ahí.

Elena tomó una escoba y, tal como lo hubiese hecho mamá en sus tiempos más prósperos, comenzó a barrer con energía, moviendo muebles de un lado a otro. Yo, sin más alternativa que cooperar con el proceso de orden y aseo, me fui difuminando en los rincones de un caserón empolvado, intentando ordenar cada habitación. La escalera, aún marcada con trazos de lápiz de cera que alguna vez fueron las primeras letras de una infancia coartada por el miedo, mostraba imágenes oscuras que me hicieron recordar la razón por la que nos fuimos.

La verdad es que comencé a sentir una sensación extraña al relatar este episodio de mi vida, pero ¿a quién le importa lo que yo pueda sentir? Todo eso puede pasar a segundo plano cuando se trata de querer contarlo. Las paredes seguían igual y los pasillos conservaban incluso el mismo aroma a orégano y ajo que siempre lo invadía todo. Los detalles del vidrio, los guardapolvos, el piso de madera: todo se conservaba intacto. ¿Acá no pasó el tiempo? Pensaba incluso que podría ser un portal hacia otra dimensión. La casa.

Moví unos roperos antiguos hasta llegar a unas cajas que recuerdo siempre estuvieron en el gabinete de papá. Eran extrañas, con marcos tallados y vetas marcadas en un serpenteo elegante y delicado. Papá siempre fue un sujeto muy ocupado y de pocas expresiones. Era común verlo pálido y compungido en las mañanas. Aterrado, tomaba café y leía solo en su despacho. Recuerdo que una noche gritó desesperado desde su escritorio; oía la voz de mamá maldecir y sentía como si todo diera vueltas a mi alrededor. Nunca más vimos a papá.

En la universidad fue la última vez que supe de la casa. Recuerdo haber llegado a mi pensión de estudiante cuando el teléfono sonó. Era mi madre, exaltada.

—¿Qué sucede, mamá? ¿Por qué estás así? — pregunté, algo descolocado.

—Es sobre la casa. La señora que la arrienda dice que alguien anda dentro de ella. ¡Ya no sé qué hacer, hijo! —se lamentaba.

No tenía ánimos de indagar en los reproches de aquella mujer que por entonces habitaba el inmueble, pero al mismo tiempo me era imposible sacar de mi cabeza los ruidos de la casa durante cientos de noches que dormí allí, si es que se puede decir vivir o dormir.

—¡Elena! ¡Elena! —grité.

Una rata de gran tamaño y pelaje duro arrastraba hacia un rincón a una paloma desesperada, en un aleteo de supervivencia y muerte. La escena dejaba ver una especie híbrida: un plumífero con cola de

roedor y manos que, a medida que ambas especies avanzaban, se fraguaban en una imagen óptica de un solo animal.

Desde el despacho de papá se oyó una leve respuesta de Elena. A través del picaporte, igual que un niño asustado por los constantes ruidos de la noche, observé a mi hermana indagar en las cajas prohibidas, esas exclusivas y secretas a las que solo papá podía acceder, pero que ahora, adultos, viejos y solitarios, pasaban al olvido. O así debió ser.

Mi respiración se agitó y una sensación de culpa me invadió. Elena estaba de espaldas a la vieja puerta de encino, sobrecargada de capas de óleo y barniz. Su cuerpo no se movía, pero las cajas sí. Un miedo aterrador se apoderó de mí y, temblando como un perro enfermo, me dirigí a la cocina.

La tetera hervía y un aroma a cedrón y chilco cubría todo. Las tazas servidas y el pan recién salido del horno, crujiente, esperaban a sus comensales. Encendí un cigarro y miré por el balcón principal, esperando hallar el momento del té.

Tomé unas viejas revistas, que debieron haber pertenecido a la mujer que arrendaba, cuando sentí una presencia al salir del vestíbulo. Era Elena, pensé de inmediato, y vaya que estaba más vieja, pues se trasladó lentamente de un punto a otro.

Recuerdo bien cuando empezó todo. Elena comenzó a gritar de manera despavorida. Yo, torpe por los años encima, fui lo más rápido que pude al viejo despacho cubierto por una alfombra inglesa que papá había adquirido en una subasta. Las puertas abiertas de par en par mostraban las cajas sobre el escritorio, pero el grito de Elena no cesaba. Busqué por el patio y dentro de la casa, pero Elena no apareció.

La llegada de la policía me hizo entender que todo era ya muy grave.

—Yo la vi en el escritorio de mi padre y después no la volví a ver —le repetí al oficial a cargo en más de una ocasión.

—¿Y esos gritos que menciona, de dónde vienen? —consultó el uniformado con libreta en mano.

—Yo tampoco lo sé. Ahora menos entiendo. Por eso los llamo a ustedes.

De pronto, los gritos nuevamente. Los policías se miraron desconcertados y dieron vueltas sobre sí mismos.

—¿De dónde vienen esos gritos? —exclamó uno de ellos, inquieto.

Las venas de su rostro se hincharon y, como si estuviera bajo el agua, se dirigió a mí.

—¡Dime! ¿Dónde está tu hermana? —insistió, con el arma tomada sobre el cinto.

—¡Señor! Acá se encontró algo —gritó un policía desde el escritorio.

Yo, al borde del colapso, salí tosiendo hacia el patio trasero, no sin antes ver cómo los policías abrían las cajas de papá. Tomé una botella de vino que estaba a medias en la cocina y fui a esperar una respuesta.

Después de un par de horas comprendí qué había sucedido con mi padre, mi hermana y ahora con esos policías.

Cerré las cajas y las dejé donde estaban. Nunca más abrí el gabinete y me quedaré aquí hasta el fin de mis días.

Her de Anta

España



Her de Anta

España

Pinturas de guerra

Construiré mi casa en la selva
Huiré de esas piedras negras
Tallaré la madera y seré
Solamente una artesana que
Frágil recoge en la rama
El Fruto del Bien y del Mal
Haré polvo del ladrillo
Lo disolveré en resina y pintaré
Mi rostro para la guerra.

Edward Andrés Marente Bustos

Colombia



Edward

Colombia

Andrés

Marente Bustos

La tinta bajo tu lengua

Tócame en la pausa
donde el verbo duda,
ahí donde la lengua
no se atreve a nombrar.

Deslízate lento
por la gramática de mi piel,
corrige mis silencios
con la yema de tus intenciones.

No me leas; interprétame,
Haz de cada sílaba
una insinuación sostenida,
un borde que no termina de romperse.

Desnúdame de certezas,
arráncame el pudor de los signos,
déjame en ese estado
donde el sentido se vuelve temblor.

Escríbeme sin tinta,
como quien recuerda con el cuerpo,
como quien borra el pasado
a fuerza de presente.
Y quédate ahí,
en ese lugar incómodo y exacto,
donde el poema ya no es poema y empieza a ser
otra cosa.

Ana Hernández

Colombia



Ana Hernández

Colombia

El mar

Mi lugar favorito es el mar.
Allí permanezco todos los domingos,
desde la mañana hasta la tarde.

El pasado se desintegra,
las heridas no duelen,
los miedos se desvanecen,
y la melancolía se va de vacaciones.
Las cicatrices no pesan,
la energía se renueva,
y los bucles no se repiten.

La soledad se rompe.

Me siento libre,
sin cadenas,
sin incertidumbre,
sin imposiciones.

Salgo un rato de la rutina.

El caos se disipa,
la tranquilidad toca la puerta,
y la paz me invade.

Me reconecto con mi ser,
descubro mi vulnerabilidad,
me olvido de todo y celebro la inmensa
autenticidad.

Los complejos dejan de florecer y contemplo la
realidad.

Jesús Zayas

Cuba



Jesús Zayas

Cuba

Haikus

Hago esculturas.
¡De piedra, los insectos!
Borran sus ojos.

Raros dibujos:
Bajo tablas del techo.
La lluvia traza.

Las doce del día,
lagartijos en tropel,
besan la tierra.

No puedo parar.
Risas y llanto a la vez.
Horizonte autor.

Chile

Munir Eduardo Eluti Cueto



Munir Eduardo Eluti Cueto

Chile

Gregorio el místico

Muchas religiones sitúan el nacimiento de Jesucristo en Judea. Pero, haciendo un poco de historia, la rusa lo sitúa en Siberia. Y, como todo ser superior, desde su más temprana infancia, Gregorio mostró diferencias en relación con otros niños de su edad, ya que él marcaba un notorio misticismo, que se expresaba en esas largas horas en las que se entregaba a la meditación en los bosques de los alrededores, dejando desconcertadas a las personas que lo rodeaban, y sobre todo a los niños que no entendían los impulsos de su introspectiva conducta.

A la temprana y adolescente edad de los 18 años, Gregorio decide tomar más a pecho sus estudios y meditaciones, por lo que viaja hacia el monasterio

de Verjoturye, para asentar y madurar más sus poderes. Y, fruto de este enclaustro, a los tres meses le es dada la revelación de la visita celestial de su madre, la Virgen María, sintiéndose ya todo un místico. Posteriormente, como ya era todo un religioso en lo que respecta a su reputación de ser superior iluminado, Gregorio se siente todo un profeta por los poderes que, como todo ser superior, le había revelado Dios; decide poner sus dones al servicio del prójimo para ayudar con su dominio a, como debía ser, erradicar el mal. Y, como tal, tenía dones curativos que, por medio de su infinita fe, podían mejorar milagrosamente a los enfermos más graves.

Pero no fue hace 2000 años que Gregorio hubiera caminado entre nosotros, sino que recién en 1905, una dama zarina llamada Anna Vírubova le busca intensamente para hacerle un llamado a que visite el palacio de los zares, con la finalidad de que, con su sorprendente potestad, pueda sanar a su hijo Alexis Nikolaevich de un grave mal: la hemofilia, enfermedad desconocida en esa época; y, ante tan urgente invocación, Gregorio accede y procede a mejorar a su agonizante hijo. Una vez realizada tal

obra de beneficencia, Gregorio, siendo ya todo un profeta, es apodado, por su vocación religiosa, “el monje loco”.

Gregorio era un hombre alto, por haber sido elegido un profeta de Dios, y, como tal, poseía una hábil y muy elocuente oratoria y discurso con el que convencía a las masas de seguir el camino correcto hacia la salvación del alma. Y, en dichos discursos, por tener una mirada penetrante, a veces se tornaba un poco violento en sus alegorías, ya que era muy seguro de sí mismo.

Por consiguiente, Gregorio, como todo vaticinador que se sabe conocedor de la sabiduría milenaria rusa, y con la finalidad de que sus palabras y prédicas no se las lleve el viento, decide escribir sus enseñanzas para dejarlas estampadas y, de esta forma, que sean aprovechadas por las generaciones futuras. Porque él pensaba, como todo sabio, en lo que respecta a tener su erudita concepción de la naturaleza que nos rodea: "El aire que hoy desciende a nuestros pulmones para llevar la vida, llevará un día la muerte. Y llegará el día en que no habrá montaña ni colina; no habrá mar ni

lago que no sean envueltos por el hálito fétido de la muerte. Y todos los hombres respirarán la muerte, y todos los hombres morirán a causa de los venenos suspendidos en el aire".

Como todo ser superior, también tenía sus opiniones y enseñanzas en lo que respecta al ámbito religioso, ya que su naturaleza de místico se lo exigía, y él a sí mismo: "Mahoma dejará su casa, recorriendo el camino de los padres. Y las guerras estallarán como temporales de verano, abatiendo plantas y devastando campos, hasta el día en que se descubrirá que la palabra de Dios es una, aunque sea pronunciada en lenguas distintas. Entonces la mesa será única, como único será el pan".

Claro que Gregorio, como todo sabio asceta, ya conocía de antemano su secreto de la inmortalidad; él había predicho a futuro algo que todos los hombres con fe temen: el fin del mundo. Y, ante este hecho tan inexorable, pero desconocido al mismo tiempo, Gregorio había tenido la siguiente visión: "Y cuando los dos fuegos sean apagados, un tercer fuego quemará las cenizas. Pocos hombres y pocas cosas quedarán; pero lo que quede deberá

ser sometido a una nueva purificación, antes de entrar en el nuevo paraíso terrestre".

Y, como todo gran religioso, Gregorio poseía poderes de clarividencia que en ocasiones le permitían interpretar o especular el futuro. Una de ellas, muy famosa, fue la que realizó sobre su supuesta muerte: "Siento que moriré antes del primero de enero... si soy asesinado por plebeyos, y especialmente por mis hermanos los campesinos rusos, nada tendrás que temer... tu trono se asentará por cientos de años y tu hijo será emperador y zar. Pero si soy asesinado por nobles, mi sangre permanecerá en sus manos por veinticinco años. Tendrán que abandonar Rusia; los hermanos se enfrentarán a los hermanos, el odio dividirá las familias y el país se quedará sin nobleza o imperio...".

Pero en toda Rusia se sospechaba de que Gregorio, como todo adivinador iluminado, podía haber poseído el don de la inmortalidad, ya que no fueron pocos los intentos que hubo en su contra para asesinarlo; porque fue envenenado y luego le

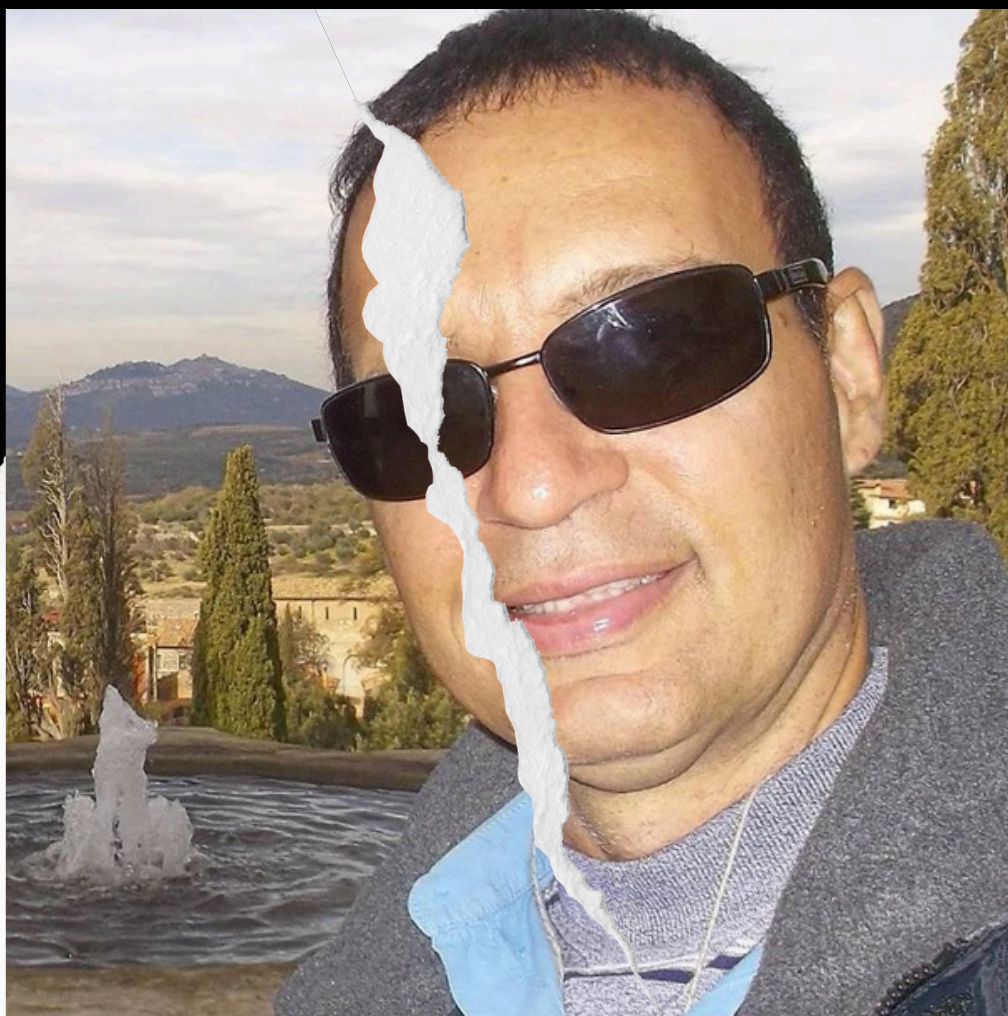
dispararon, logrando escapar milagrosamente al salir huyendo de los salones del zar.

Se cree que Gregorio viajó no solamente por Rusia y Jerusalén, sino a lo largo de todo el mundo, y en los lugares a los que iba, él era conocido y recibido con mucho cariño por toda la gente que lo rodeaba, ya que con sus poderes religiosos podía sanar a los enfermos que estaban en desgracia.

De esta forma, de Gregorio no se sabe en qué lugar del mundo está, ya que, por su inmortalidad, se desconoce su paradero; pero de lo que sí hay certeza es que pasó a la historia por su apellido, que fue conocido en todo el mundo: Rasputín.

Marcelo De Oliveira Souza

Brasil



Marcelo De Oliveira Souza

Brasil

Um Ano de Emoção!

Nessa história tão linda
Entreguei meu coração
Um ano que se finda
Na mais perfeita emoção.

Você desceu em minha vida
Nesse mundo de desilusão
A vida tão estranha
Você veio com satisfação.

Um ano chegou tão de repente
Que parece um sonho então,
O mundo se coloriu com sua chegada,
Tempos intensos, sensação...

Seu sorriso iluminou minha vida
A aurora preterida,
É hoje alegria,
De ter um ano diferente,
Amando loucamente,
Comemorando com vibração

Você é meu grande presente,
Minha vida contente,
Feliz comemorando,
Com galhardia de paixão.

Nesse mundo preto e branco,
Você coloriu a minha vida,
Nesse altar foi o Farol,
Imagino-me em seus braços,
Por anos e anos,
Nesse mundo colorido,
Que você transformou
Num amor sem perdição.

Diego Nicolas Abregú

Argentina

El idioma del olvido

Hay palabras que nacen muertas
y sin embargo respiran en mi boca.

Las digo
como quien enciende una vela en el agua,
sabiendo que no hay fe suficiente para sostener la
llama.

He olvidado tu nombre,
pero no la forma en que dolía pronunciarlo.

Era una grieta,
una sed con dientes,
un animal pequeño
arañando las paredes del silencio.

Ahora hablo solo
en un idioma que nadie recuerda:
la lengua del olvido.

Ahí
tu sombra todavía me entiende,
aunque ya no exista.

Paulina Gutiérrez Jiménez

México



Paulina

México

Gutiérrez Jiménez

El triunfo

Estoy en el bosque;
el viento corre velozmente
y las plantas y los árboles bailan.

En el cielo, hay un extraterrestre gris,
que me observa y dice:

—Vas a triunfar.
—Vas a triunfar.
—Vas a triunfar.

Lo escucho. Sonrío.
Imagino que gano la competencia
y la medalla de oro.

La veo y mis aceitunas se deslumbran.

Sonrío y mis perlas, suaves como algodones,
brillan con el metal

y siento el aire en mi rostro
y mi cabello y cuerpo
tiemblan como alambres.

Estoy emocionada y siento satisfacción.

Escucho los aplausos del público
y mis compañeros me ven
y sonrío.

El ambiente y lugar
son perfectos.

Todo es bello,
Fabuloso.
Armonioso.
Hermoso.

Fabian Corona Castro

La arquitectura del silencio

Se ha mudado el invierno a mis pasillos,
habita en el hueco que dejó el latido;
soy un templo de cal y de ladrillos
donde el eco se esconde arrepentido.

No es falta de luz, es luz gastada,
un brillo de azogue que no alumbra nada;
un alma que cuelga, de hilos quebrada,
como una cometa en la noche enterrada.

Camino en la nieve que brota de adentro,
buscando en el pecho un rastro de fuego,
pero solo hallo un gélido centro
donde el hambre de ser se vuelve un ruego.
Soy el naufragio que olvidó la orilla,
el resto de un vidrio que ya no destella;
la sombra de un rezo que no se arrodilla,
el hueco dejado por una vieja estrella.

“No duele el golpe, duele el desierto,
el mapa de grietas que surca el cristal;
sentirse un paisaje de mármol abierto,
un náufrago mudo en un mar de sal.”
Se apagan los nombres, se borra el sentido,
el tiempo es un peso de plomo y ceniza;
un soplo de nada en un cuerpo vencido
que frente al espejo... se desmoraliza.

Germain

Bélgica

Droogenbroodt



Germain

Bélgica

Droogenbroodt

Contra la corriente

La poesía
busca su camino
contra la corriente.

No puede cambiar el rumbo del hombre
cuyo futuro es incierto y lejano.

Pero a veces puede ser un salvavidas
para quienes corren peligro de ahogarse.

Anisoara Velici

Romania



Anisoara Velici

Romania

La historia de las flores silvestres

La historia de estas flores
Es como si, pintadas en olas de color y emoción...

Las flores silvestres tienen colores únicos
Tienen el aroma fresco de los campos de heno,

Tienen siluetas de bailarinas
Son delicadas en su danza.

Fui a casa de mis abuelos de vacaciones
Fui a las colinas
Quería escuchar el canto de los pájaros,
Jugar en el heno recién cortado,
Recoger flores silvestres con amor y ternura.

Su fragancia es un regalo de Dios,

Los colores son como gotas de un océano.

Las recogí hilo a hilo,
Las cubrí con el rocío de la mañana,
Combiné los colores para hacerme una corona,
Luego fui con ellas a la buena Madre.

Soy la niña pequeña... Ilinca...
Juego todo el día en casa de mis abuelos,
Mi abuela me hace rosquillas,
tartas de todo tipo,
Acaricia mis trenzas
cuando me duermo entre flores silvestres.

Pongo flores silvestres en la viga de la casa,
Y una ramita de albahaca
Que todo en la casa sea afortunado.

Voy a buscar leche de la cabra...
Le pongo una trenza alrededor del cuello...
En la puerta de mis abuelos
Todas son flores silvestres
Con aroma a canto.

También conozco...
los colores de estas flores

Me invitan a jugar,
Incluso a tejer una guirnalda
Con un aciano...
alegre también.

Estas flores,
el pueblo de mis abuelos
Las calles del pueblo,
las colinas y los bosques,

Todo me atrae...
...ahora que soy mayor,
todavía les cuento historias...

Alex Pes Casado

España



Alex Pes Casado

España

Sabanita

Yo te noto atractiva,
amable, y hermosa...

En ésa Eterna Primavera
de la Rosa Roja...

Toda ésa Pasión de Telenovela...

Serás la Última
y también serás la Primera...

Que le pregunten a tus pechos
si no son hechos de Amor y Sortilegio...

Que le pregunten a las sortijas de tus ojos
Si no están hechas de deseo...

La alhaja de mis sueños...

Sueño con tu ombligo
y con tus pezones tiesos...

Quisiera vivir y revivir
Todos mis versos...

Cubrirte con la sábana
con la que tejo Sueños...

Confesarte que no hay Vida sin tus besos...

Comerte los labios
aunque sólo sea porque son tan bellos...

Que tus Palabras
se anudan en mi cuello...

Eres la Luz
que se escapa de tu hermoso cuerpo....

Álvaro Carrasquel

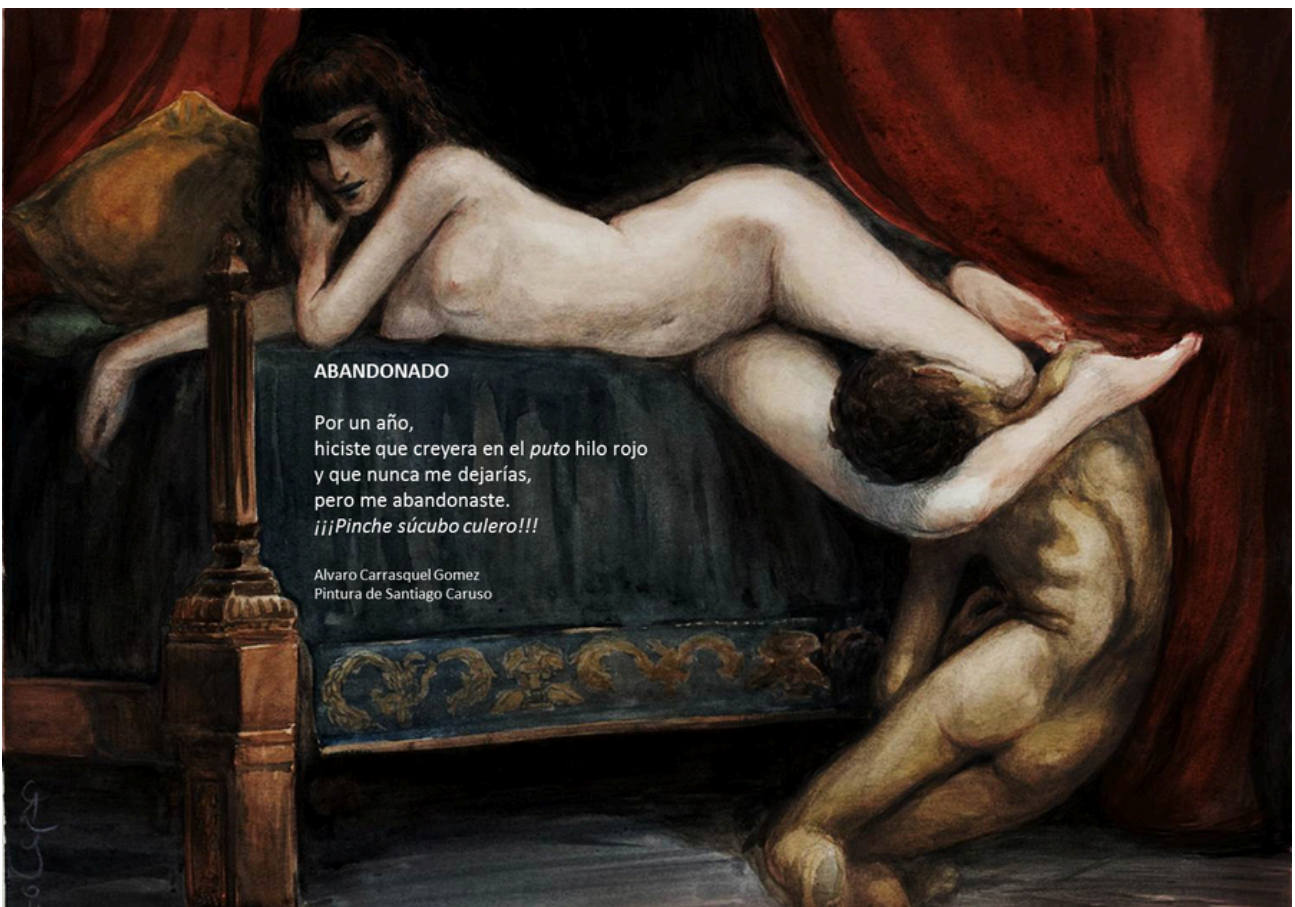
Venezuela



Álvaro Carrasquel

Venezuela

Abandonado



Agustín Sánchez

España



Agustín Sánchez

España

Remiendos del corazón

belleza de tus sueños,
Irrumpiendo mis latidos,

Necesito la paz de tu corazón,
la esencia tu silencio,
la tranquilidad de tu voz.

Beberte ha suspiros,
cada retazo de tu sonrisa,
dormirme suavidad de tus labios.

Abrazarte el calor cuando me suspiras,
muero en los palpitaes,
de cada impulso de pecho,
duermo la calma de tu corazón,
la belleza silencio de tu amor.

Mi eterna tranquilidad,
La ternura de amor.

Vivir en ti,
La existencia de mi vivir,
Todo de ti...todo de ti...

Melody Cars

Argentina



Méloody Cars

Argentina

Recuerdo

Tu recuerdo permanece
en mi memoria:

En las mañanas
nos sentábamos
bajo el ombú
a tomarnos
unos cimarrones
con torta frita
hablando de huellas perdidas
esperando que empezara nuestra jornada.

En las tardes
solíamos arrear
las vacas
hasta el corral.

Argentina

En las noches
junto al fogón
guitarreábamos,
con la peonada,
después de una jornada fenomenal

Tu recuerdo
llena mi alma
de gozo y paz
porque dejaste
lo mejor de ti
dentro de mi

Hoy, siendo,
el día del padre,
estás más presente
que nunca dentro
de mi corazón.

¡Gracias Papá
por todo
lo hermoso
que compartiste
conmigo!

Argentina

Tu recuerdo
es lo más preciado
que permanece en mí.

Lo llevo
como un tesoro
que jamás dejaré
que nadie lo aleje
de mí.

Narek

Armenia

Manvel Arakelyan



Narek

Armenia

Manvel Arakelyan

Flowers

I often speak with flowers,
and gently caress their cheeks.
Yet how many flowers still remain
that are trampled, broken, destroyed?
And under the blows of war,
how many such flowers turned to ash?
On their mother bush they withered,
burned beneath consuming flames.
Their roots will no longer sprout,
their very roots have faded into soil.
Oh merciless humankind—no mercy was shown,
and Mother Earth wept in tears.
Yet in the universe, flowers abound,
smiling with sun-like eyes.
May the light of peace fall upon them,
and let the fallen flowers bloom again.

Eduardo Honey

México

De humores y armas

Jazmín recarga su pistola, espera un instante y vuelve a disparar a los carcajeantes que se abalanzan contra las casas.

—¿Cuántos cargadores te quedan? —grita cuando agota los once disparos—. ¡Pinche Ramiro, respóndeme!

—Cuatro para tu arma, tengo dos para la metralleta y dos cargas de C4. No creo que aguantemos. ¿Nos vamos?

—Espérame —se levanta y otea por la ventana—. ¡Me lleva! No son muchos, pero no creo que nos alcancen las cargas. Y ni rastro del grupo.

De nuevo se sienta y Ramiro le lanza dos cargadores desde el otro lado de la habitación.

—No te acabes el último cargador, Ramiro, guarda una bala para cada uno si llega ese momento. A fin de cuentas, sólo queda la muerte y la prefiero a convertirme en eso —señala hacia sus espaldas con el pulgar.

Desecha el cargador vacío y pone el que le pasaron.

—Soy de la opinión que deberíamos dejarlos entrar y volarlos —comenta al revisar su arma—. Creo que con las municiones que quedan podemos abrirnos paso y llegar donde empieza la ciudad. Aquí, a final de cuentas, ya sólo queda la soledad, el frío y el silencio. Allá, al menos, podremos escondernos y huir entre las ruinas. Todavía hay provisiones en muchas partes. ¿Nos las jugamos?

Duros golpes resuenan contra las ventanas, paredes y puertas. Jazmín se levanta; ya no tiene mucho sentido seguir agazapada tal como la entrenaron. Da una vuelta rápida alrededor del cuarto, mirando a través de las ventanas mientras murmura una cuenta.

—Son como veinte. No veo que lleguen más. ¿Dónde ponemos las cargas?

—Lo mejor —Ramiro se levanta y, ya sin preocuparse por hacer ruido, arrastra la mesa del centro al lugar más alejado de la puerta— es aquí. Dará oportunidad a que entren la mayoría —pone una carga de tal forma que la explosión se proyecte hacia la puerta y la otra de forma lateral, apoyada contra la estufa— y puede que eliminemos a todos los que ocupen la cabaña. Sólo falta el cebo.

Jazmín se le queda viendo, preocupada; soba la única oreja que le queda.

—Ni lo pienses... —susurra queda. Luego calla cuando Ramiro le dice que se acerque. Los golpes iracundos rompen la ventana junto a la puerta.

—Toma —dice Ramiro y le entrega su cuchillo militar —, meñique izquierdo.

Jazmín toma el cuchillo, espera a que Ramiro muerda con firmeza un trapo que se metió a la boca. Otra ventana estalla en pedazos antes de que él afirme con la cabeza. En un golpe y un movimiento, Jazmín separa el dedo.

Deja que la sangre escurra sobre la mesa. Uno de los carcajeantes logra asomarse: es una cara blanquecina, cubierta de llagas y con los labios en un rictus de risa eterna. Abre la boca y afilados dientes gotean una baba verde. Sin dudar más, Jazmín de inmediato le dispara en la frente.

—No sé por qué esa sonrisa que cargan. Viene el desastre como si fuera una broma y entonces uno deja de reírse —comenta Jazmín mientras venda a Ramiro—. ¡Listo! ¿Aguantarás el dolor o te paso una aspirina?

Ramiro escupe la tela y contesta:

—Guárdala para cuando duela de verdad.
Jazmín no puede evitar una pequeña risa.

—¿Qué? ¿Te parece gracioso que deje un meñique a esa horda de payasos del demonio? Sería más representativo el dedo medio, ¿o no?

Ambos sueltan la carcajada mientras revisan lo que les queda de pertrechos, revisan las pistolas y se pegan a la pared trasera.

—¿Te acuerdas cuando Jonás cortó sus manos y las dejó atrás, bien puestas, mentando la madre? —rememora Jazmín. De nuevo, las risas llenan el aire. Ramiro le dispara a otro que asoma la cabeza.

—Es estúpido, no sé por qué me acordé de María cuando declamó ese fragmento la otra noche. ¿Cómo decía? Creo que: “por muchos huevos, cabeza fría y risas que uno acapare en la vida, el corazón destrozado gana”.

—Nomás que yo diría: “el pedacito de uno gana: deja tu dedo, no lo de dentro”.

Aún entre las risas, con dos disparos más contuvieron a otras tantas cabezas que se asomaron por las ventanas rotas.

—Ya estuvo bien —remarca Jazmín, limpiándose las lágrimas en los ojos—. Luego le seguimos.

—Vale —contesta Ramiro mientras trata de controlarse—. ¿Quién hace el honor de abrir la puerta?

—Yo, tú traes la metralleta. Deben quedar unos quince. Con suerte, conforme entren, te chutas unos cuatro o cinco más. Yo me encargo de los de la ventana aquí atrás. Cuando te diga, me sigues a todo tren. ¿Listo?

—Cuando tú digas —afirma seriamente Ramiro.

Jazmín prende la lámpara que lleva en las manos y la apunta, al igual que la pistola. Luego, de un disparo, vuela la cerradura en la puerta, que se cimbra por los golpes. Se gira para localizar a sus objetivos al otro lado de la ventana. Atrás, la puerta se abre de golpe mientras gruñidos y pasos suenan dentro. De forma controlada, Ramiro abre fuego.

—¡Uno! —grita Ramiro—. ¡Dos! ¡Y tres!

Jazmín dispara casi a la par. Elimina cuatro carcajeantes y luego, con la cachapa de la pistola, termina de romper la ventana y limpia los bordes. Se encarama sobre ella y grita:

—¡Vámonos!

Se arroja al vacío mientras detrás suenan más disparos: “¡Cuatro! ¡Cinco!”. Rueda cuando toca el suelo y encañona al lado derecho. Dos carcajeantes más la vieron caer y van sobre ella. Dispara y cae el primero, intenta con el segundo objetivo y descubre que no tiene balas.

La metralleta suena atrás y arriba; el carcajeante cae. Jazmín se gira para ver cuando Ramiro le lanza un cargador y el control del C4. Mientras lo toma al vuelo, mira cuando manos afiladas y blancuzcas arrastran a su compañero al interior de la cabaña.

Jazmín se pone de pie y corre por el sendero rumbo a la carretera. Piensa acerca de lo que María dijo en esa ocasión. Tuvo razón cuando dijo que te puedes enfrentar mucho tiempo a la vida con humor, mantener bromas y cotorreo casi hasta el final. Pero la vida siempre nos rompe el corazón.

Al alcanzar el asfalto, presiona el botón rojo. Una enorme bola de fuego, seguida de un golpe de aire, la alcanza. En el suelo toma un poco de aire para luego levantarse.

Mientras camina rumbo a la ciudad, concluye que el humor quizás no salva, quizás no sirve prácticamente para nada, pero sí lo hacen las armas y un poco de C4.

Francisca Morales

Chile



Francisca Morales

Chile

Una noche en el cementerio

Mi mamá se esmeraba mucho en la limpieza; la tumba de mi abuela era de las más cuidadas de todo el cementerio, un cementerio de pueblo.

Una vez al mes hacíamos una visita, aunque fuera corta, para arreglarle la lápida y dejarle unas flores.

—Mira que la dejamos bonita, se va a poner contenta —decía mi mamá.

Yo pensaba: ¿cómo sabía eso?, si los muertos pueden andar por donde quieran, ¿para qué se van a quedar ahí esperando que les traigan flores?

Como a veces me aburría un poco, siempre me daba unas vueltas por ahí, así como buscando algo nuevo.

El final del recorrido siempre era el mismo: llegaba hasta lo más alejado, en la parte alta del cerro, y buscaba la tumba del tío Amadeo, una cruz de palo

pintada de blanco, que se perdía a la vista de otras decenas iguales; yo sabía cuál era porque tenía una cinta azul amarrada. Me sentía atraído por ella, y con un poco de curiosidad por saber por qué no estaba con el resto de nuestra familia, le decía:

—Hola, tío, ¿Cómo está? Espero que bien; acá arriba llega más el viento, ¿o no? Ya me queda un año en el colegio, la Sara se mejoró del resfriado, así que puede volver a jugar básquetbol. Mi mamá y mi papá están bien.

Con eso me despedía y me iba. No sé por qué me hacía sentir culpable que nunca le dejáramos algo, tomando en cuenta todo lo que se preocupaba mi mamá por las demás.

Cuando íbamos de vuelta en el auto le pregunté:

—Mamá, ¿Qué edad tenía el tío Amadeo cuando se murió?

Mis papás se miraron.

—No sé, creo que como 17 o 18, no me acuerdo bien.

—Ah, era como yo entonces.

—No, no era como tú.

—Pero tenía mi misma edad. ¿Por qué nunca le vamos a dejar flores a su tumba?

—No sé, hijo, está muy al fondo.

—¿De qué se murió?

—Se colgó —eso no lo esperaba—.

—¿Y por qué?

—Quizás tenía depresión o algo así.

—¿Y por qué lo enterraron tan lejos?

—Porque es Dios quien da la vida y quien la quita. Antes no se hacía funeral ni se enterraba al muerto con el resto. Los dejaban muy lejos para evitarle la vergüenza a la familia.

—Qué mal.

—Eran otros tiempos, Fabián.

—Pero ahora son nuestros tiempos y tampoco le dejamos flores.

—Hijo, cada uno elige cómo quiere vivir y cómo quiere morir. Hoy en la noche vamos a rezar por su alma, ¿bueno?

Todo me parecía muy hipócrita, pero ya no valía la pena seguir peleando con mi mamá. Esa noche, cuando tomábamos once, hicimos una oración por el alma del tío Amadeo y eso dio por terminada la historia. Vi tele un rato y me olvidé del asunto; cuando me dio sueño, me despedí de mis papás y me fui a dormir.

No me costó mucho agarrar sueño y al poco rato estaba totalmente dormido. Cuando desperté era de noche todavía, pero ya no estaba en mi casa, estaba afuera del cementerio.

Vi a lo lejos una figura que se acercaba y abría el viejo portón de fierro; me hizo una seña para que entrara y obedecí sin pensarlo demasiado. Una vez ahí, vi frente a mí a un muchacho de mi edad, muy pálido y con una marca gruesa y morada alrededor del cuello. Lo miré aterrorizado.

—Fabián, no te asustes, soy yo, tu tío Amadeo.

Traté de mostrarme tranquilo, pero la verdad es que me moría de miedo; recé muy fuerte para despertar.

—Oye, ya sé que no estoy muy bonito, pero me veo bien a pesar de todo —me dijo en un tono gracioso, como si eso pudiera sacarme del estado de pánico—. Mira, te traje porque te vi preocupado hoy, y me gustaría mostrarte algunas cosas. Vamos, camina conmigo.

Comencé a andar por inercia por el camino de tierra principal rumbo a las tumbas. Desde lejos se escuchaban quejidos agónicos, llantos y risas; era ensordecedor y pensé que el miedo no me dejaría continuar.

No había luz, pero la luna menguante acompañaba, y saqué una vela que aún flameaba en un altar de la virgen.

Llegamos al principio, donde se alzan los mausoleos. A medida que me acercaba veía manos salir desde adentro, manos a las que se les caía la carne podrida y algunas que eran solo huesos; se aferraban desesperadamente de los barrotes, los golpeaban y se estiraban hacia afuera como si quisieran alcanzar algo. Mientras pasaba veía los rostros de familias completas, que se empujaban unos a otros tratando de salir; eran cientos los gritos y los dedos que se movían como gusanos cerca de mí.

—Sigue caminando, no te quedes atrás —me dijo el tío Amadeo para despabilarme.

El ruido fue bajando poco a poco y eso me alivió; avancé cubriendo mi vela porque el viento estaba cada vez más fuerte. Donde llegamos después, se oían golpes como mazos bajo tierra; el suelo retumbaba y había gritos casi imperceptibles.

—Estos de aquí no pueden ver u oír nada del exterior, están unos sobre otros.

Miré rápidamente la tumba de la abuela, corrí y pegué un oído en el cemento, tratando de escucharla o a los demás.

—¿No ven que mi mamá les pone flores y les limpia todo?

—No, escuchan un poco. Creen que saben quiénes vienen, pero no saben.

Me sentí muy angustiado por mi abuela, pero más por mi mamá, que venía mes a mes creyendo que nuestros familiares se ponían felices de que les cuidaran las lápidas.

—Mejor vámonos, Fabián, que te quiero mostrar otras cosas.

Fuimos pasando entre medio de tumbas enrejadas, que parecían pequeños jardines cuadrados, pero en realidad eran cunas. Manitos te tiraban de los pantalones cuando pasabas por ahí, y decenas de

niños solos, con las caras llenas de mocos y lágrimas, chillaban esperando a alguien que no llegaba.

En los nichos solo se sentían patadas contra el cemento; eran muy estrechos. Algunos tenían reducciones de una o más personas; estaban contracturados, con los huesos enredados entre parientes, metidos en cajas.

Ya no podía seguir caminando por ese lugar tan horroroso. No sabía dónde quería ir el tío Amadeo ni para qué me había mostrado todo esto, pero ya estábamos llegando a la parte alejada del cementerio, donde estaba su tumba.

Cuando miré, los fantasmas reían, bailaban, conversaban; bajo ellos, las cruces blancas y los fosos de tierra abiertos.

—Como no le importamos a nadie, solo estamos sepultados bajo tierra, así que todas las noches podemos moverla y salir a hacer lo que queramos, y como estamos tan lejos, no tenemos que escuchar a los desgraciados de abajo.

—No estés triste por mí, Fabián. Me gustaría que me trajeran flores, pero compadece a tu abuela y a los otros que están allá.

Le sonreí tristemente y él me hizo adiós con la mano, al tiempo que desperté agitado en mi cama, ya de día. Con un sentimiento de terror y melancolía, me destapé para levantarme y me di cuenta de que mis sábanas se sentían ásperas; mis pies estaban llenos de polvo y tierra.

Al mes siguiente, fuimos como de costumbre al cementerio. Mi mamá me pidió que fuera a llenar una botella con agua y mi hermana barría las hojas secas de las tumbas de nuestros parientes.

Yo tomé un par de flores y fui a la tumba del tío Amadeo; me senté un rato y le conté las novedades familiares. Cuando bajé vi a mis papás y a mi hermana contentos por la limpieza, y yo me sentí tremendamente desolado.

Y entendí que nosotros, los vivos, no sabemos lo que quieren los muertos. Y que las tumbas no son hogares, son prisiones.

Simón

Venezuela

José

Pacheco Cedeño



Simón

Venezuela

José

Pacheco Cedeño

Perplejo frente las vocales

Como un sonámbulo extraviado,
o como un zaparrastroso
rodeado de hojas secas,
y que descienden maltrechas de mi alma;
¡qué sorpresa! ,
hay una vocal dulce,
la primera de tu nombre;
sin embrago,
la última no me deja entrar
a tu cuerpo
con la cautela de un explorador.

Me quedo perplejo frente a tu juventud
y admirando tu hermosa geografía,
incluso cuando estoy soñando.

¿Cuándo puedo usar las consonantes?,

hay un detalle, el viento y la soledad
adoquinaron de tal manera mi abecedario
qué no puedo entrar en las callejuelas
del sustantivo singular
con que se adorna tu belleza,
y, ¿cuál es tu respuesta?.

La primera vocal,
está en las nubes,
o en un gramo de sal
en mis lágrimas;
para besar otros labios uso tu nombre

Después con amor
y sin que lo sospeche
cierro los ojos
en el medio de las dos consonantes.

Gregorio

Campeche, México

Rodríguez Arceo



Gregorio

Campeche, México

Rodríguez Arceo

Signor Arlecchino

Todos usamos máscaras, nos ponemos cada día un disfraz.

Incluso la muerte se disfraza de arlequín para pasar desapercibida.

Es la vida una infamia burda y una broma muy cruel. Maldito circo en que se ha tornado nuestra realidad.

Solo queda reír en este manicomio, el de nuestro existir.

Seguir aparentando lo que no somos en esta mascarada y reír, reírnos de nosotros mismos y de la nauseabunda miseria en la que nos hemos sumergido.

Es tan repulsiva al principio, pero un día ya ni nos damos cuenta de que aprendimos a disfrutarla.

Campeche, México

Cómo nos llueven las lágrimas y las desgracias, pero brindamos en soledad por este padecimiento con una copa de sangre narcotizada.

¿Cómo puedes verte al espejo y dormir tranquilo con los pecados que has llevado a cuestas por tanto tiempo?

¿Acaso tus demonios internos no te atormentan y tus culpas no te reprochan en lo turbio de lo pesadillesco?

¿Es que la conciencia ya no pide justicia y los cadáveres en las paredes y en el armario ya no exigen ser vengados?

¿A dónde se ha ido tal clamor y la sed frenética de aquellas víctimas esparcidas en el oscuro pavimento del sufrimiento?

Pero miras tu reflejo y no puedes dejar escapar una siniestra y cínica risotada mientras te autocompadeces por dentro.

Observa en lo que te has convertido.

Pero este espectáculo grotesco debe continuar.

Incluso tomar el revólver y usarlo contra ti parece no ser suficiente.

Sabes que ni muerto habrá descanso aunque seas arrojado al olvido.

Campeche, México

Solo serás usado como un ejemplo de lo que siempre fue más absurdo y ruin.

¿Pero qué se puede esperar de una turba de simios hipócritas?

Unos parásitos que viven entre los desechos y se desangran unos a otros.

Sigue fingiendo que todo está bien.

Síguete regocijando de esta podredumbre.

Qué triste y qué vacío es pertenecer a tan maldecida estirpe.

Tan miserable y decadente es no saber amar por causa de coronar a la estupidez.

Por anteponer lo inverosímil y lo nefasto.

Es tan vergonzoso llevar tu tradición a cuestras.

Dancen al ritmo de este caos e irrefrenable pandemonium.

La broma final saldrá a relucir tarde o temprano.

Danzarán las sombras y volarán los buitres en círculos.

Una diabólica sonrisa se ha dibujado en la careta infame de Signor Arlecchino.

Raúl Fliperr Lazo

Perú



Raúl

Perú

Fliperr Lazo

Obsesión

La conocí en una de esas tantas salidas nocturnas que se habían vuelto un hábito, una necesidad obsesiva de salir de mi escondite. Pero, ¿cómo olvidar aquella noche, la noche en que mi vida dio un vuelco arrollador, un vuelco excesivo para mis más hondos sentimientos? Aquellos profundos ojos habían devorado los míos al primer instante. Su piel emanaba un inusual vapor, cubriéndome como una niebla embrujante y jadeante ante mi boca, sedienta de la suya.

La música creaba un lazo entre su alma y mi alma; como un conjuro de afilados dientes, éramos mordidos, triturados, juntados en aquella caverna, arremolinados por la espectral y diabólica voz. Nuestros cuerpos, dos astros viajando en las pasiones más frágiles, rozando ese aire tibio de su boca, excitaban cada célula de mi cuerpo. Salió de mis fauces, como un verso maligno murmurado en mis entrañas:

—¡La gloria del Señor de la Carne haga de mi boca un hambriento por su piel, por su saliva, por su sudor mezclado con el mío, por esa danza que era un canto de sanación para mi luz y esa oscuridad que clamaba libertad!

La seguía con la obsesión de un animal salvaje tras su presa. Juraría por mi alma, que hoy yace casi muerta; la amaba en toda la extensión de la palabra. Transpiraba la pasión bendita como una posesión, una lujuria enclavada en mi piel que tomaba poder sobre mis sentidos.

Una noche, en estado de ebriedad, me fui en busca del amor que tanto me hacía sufrir. Tomé una mochila; en ella puse velas, una botella de ron, cuchillos y una biblia negra. Respiré ese aire enfurecido, maquiavélico, trastornado, que había hecho de mi ser un objeto de desprecio, de burla, hiriéndome sin ninguna compasión. Pobre de mí, nadie me había brindado un amor verdadero, un amor puro. Pero aquella noche vi en sus ojos aquel amor que ha tomado posesión sobre mis manos, mi mente, mi voluntad, mis deseos, mi palabra, mis acciones, mis pasos, mis sueños y mi dolor.

Nunca más volvería a ser yo. Tenía amor en mis palabras, mis ojos iluminando las oscuras noches más olvidadas, más deshabitadas. A las tres de la madrugada, ataviado de unos escritos, me sumía en una depresión extrema. El sonido de nuestros pasos lo tenía guardado en la memoria: noches en que solíamos perdernos embriagados de alcohol y deseo.

La esperé a la sombra del pequeño árbol frente a su casa. Había estudiado cada movimiento durante tres largos meses; tenía fotografías con las personas que frecuentaba, una lista larga de gente nueva en su trabajo. Tuve que pagar a uno de sus compañeros para que me mantuviera alerta si es que salía dentro del horario laboral. Durante ese tiempo, yo me había demacrado, bajé de peso y mi mal humor había aumentado estrepitosamente. Mis largas horas de insomnio habían tatuado en mi rostro los pensamientos más perversos, más aberrantes. ¡Tenía que ser mía! ¡Solo mía! Mi afiebrada idea alborotaba y crecía más con el paso del tiempo.

En la guerra y el amor debe haber emoción. De la muerte, solo de ella puede nacer el verdadero amor, así como nace de las cenizas el ave fénix. Así definiendo mi postura, para no quebrar mis ideas, mi fe; la fe que he profesado sobre los escritos que le hice, la regué con lágrimas y gotas de sangre.

En cuanto ella apareció, me asomé por detrás silenciosamente. Tapé su boca con una tela untada de un poderoso somnífero; cayó de inmediato. La sostuve en mis brazos, así es como yo quería tenerla. La llevé de prisa al auto, la recosté en el asiento trasero, la cubrí con una manta negra. Tomé su mano delicadamente, le di un beso. — ¡Amada mía! ¡Mi amada mía! Nos vamos para la casa —susurré con la voz más tierna. Cubrí su rostro y encendí el auto. Al parecer, nadie se había dado cuenta; por suerte, es una calle donde hay muy pocos peatones y esa noche no había nadie.

La llevé al cine al que nunca pudimos ir, al bosque a maravillarnos, al parque a reírnos, a viajar en un bote por el río y mojarnos.

Corté su cabeza, lamí de su sangre y lloré, lloré de emoción. Confeccioné una caja, una bellísima caja a la medida de su cabeza, por donde ella podía ver a través de dos agujeros.

Lágrimas de emoción mojaban mis mejillas al verla. Hoy tan solo será mía; nadie más la vería, nadie más admiraría su belleza, su fina belleza. Ahora solo yo tendría el placer de acariciarla, de darle un beso de buenas noches en la boca.

Su cuerpo, preservado en plastinación, mantendría su forma. Me recostaba a su costado después de haber bebido una botella de ron barato, acariciaba su cuerpo inerte, recordándome la frialdad que le había provocado la última vez, la cual me había abierto una herida en el alma.

Mis últimos minutos fueron los mejores. Puse su cabeza a la altura de la mía; nuestros cuerpos reposaban cansados. Mi última agonía sería de las mejores de toda mi existencia. Mi mano, decidida y firme, tomó una navaja bien afilada, cortó mi garganta. Desangrándome, daba mi última sonrisa, veía por última vez la mejor escena del amor verdadero.

Milagro Álvarez

Venezuela



Milagro Álvarez

Venezuela

Raíces

“Valores y memorias de los años cincuenta”

Las historias son relatos,
que narran hechos pasados,
guardados en la memoria,
tesoros jamás olvidados.

Cuando hables de épocas pasadas...
piensa en tu andar constante,
años que cuentan la vida,
con huellas que siguen adelante.

Recordar los años cincuenta,
es viajar al tiempo atrás,
gente con valores firmes,
y raíces que dan paz.

Hubo cambios y transformaciones,
tensión y guerras sin razón,
independencias logradas,
y consumo en expansión.

La música fue estallido,
el rock and roll vibración,
la televisión nacía,
con noticias y alegrías.

Fue tiempo de avances grandes,
cultura y comunicación,
política con tensiones,
y un mundo en transformación

Aury Colmenares

Venezuela



Aury Colmenares

Venezuela

Desde que tu te marchaste

Desde que tú te marchaste...
aprendí a bailar sola
ahora puedo escuchar
el sonido de las olas...

Desde que tú te marchaste
adoro el amanecer...
sin esas torpes caricias
que me quemaban la piel..!

Desde que tú ya no estás
puedo contar las estrellas
y paso el tiempo mirando
cuál puede ser la más bella.

Sin tu falsa compañía
aprendí a valorarme
tengo sueños, soy feliz
ya no soy tan vulnerable...

Superé ya mi tristeza,
ahora siento
que soy otra,
ya borré cada vestigio
de tus besos en mi boca...

Ya no extraño tú presencia...
Tu mismo me acostumbraste
a poder vivir sin tí...
y no tener que buscarte..!

La casa no está vacía,
con flores ya la adorné
y disfruto de mi misma...
con una taza de té..!

Laskiaf Amortegui

Colombia



Laskiaf Amortegui

Colombia

Telaraña

El sol de la tarde encendía el paisaje y los canarios se deshacían en trinos. La brisa traía consigo el perfume denso de los mandarineros; ella cerró los ojos y, al aspirar esa fragancia, una sonrisa apenas esbozada asomó en sus labios. Después de tantos calendarios, por fin regresaba. Sin embargo, el aire se volvió pesado. Sus rodillas empezaron a chocar y un sudor gélido le recorrió la columna, dejándola sin aliento. Apretó los puños hasta que las uñas le lastimaron las palmas, buscando en ese dolor la fuerza para cruzar el umbral.

La estancia la recibió con un abrazo de seda gris; una red densa de telarañas se le pegó a la piel como un sudario. Intentó sonreír, pero el gesto se transformó en una mueca de espanto cuando sus piernas cedieron.

Se desplomó. El piso de madera, carcomido por el tiempo, parecía retener los ecos de una historia que ella había intentado sepultar. Se cubrió los oídos, pero no pudo evitar el sonido: un chillido retumbante que rasgaba el silencio de la casa olvidada. Eran sus propios gemidos de impotencia, suspendidos en el aire desde hacía décadas. Al igual que entonces, nadie llegó a rescatarla.

El pasado resucitó con una violencia física. Sus ojos, nublados por el llanto, volvieron a ver el destello del acero. Creyó escuchar el silbido de la hoja del machete cortando el viento antes de impactar contra la carne de su padre; un sonido húmedo y rítmico que se mezclaba con los gritos desgarradores del hombre. Con las manos temblorosas se selló los labios, reviviendo el ultraje a su madre y aquel estallido seco —un balazo certero— que le perforó la frente solo porque, a juicio de los verdugos, gritaba demasiado.

Se ovilló en una esquina, bañada en lágrimas amargas. El recuerdo de Canelo, su perro y compañero de juegos, le quemó la memoria: lo vio

amarrado a la cerca, convertido en una antorcha viva junto al ganado. Sus uñas arañaron el suelo con rabia hasta que la madera le hizo brotar sangre de las yemas. En el aire flotaba el ruego de una niña de nueve años, golpeada y destrozada por un comandante que trajo el caos oculto tras la maleza de los cultivos ilícitos. Sangre derramada para financiar el humo y el polvo que otros inhalan con indiferencia.

El oxígeno empezó a faltarle, pero un resto de voluntad la obligó a respirar. La noche se adueñó de la serranía y el viento comenzó a jugar con las ventanas caídas, creando una sonata fantasmagórica. Ante aquel llanto liberador, el mar de telarañas se humedeció y, a lo lejos, el repicar del pasado pareció despedirse. Sus lágrimas, mezcladas con el rímel negro, rodaron por sus mejillas como turmalinas oscuras bajo la luz de la luna, quedando atrapadas en los hilos arácnidos.

Qué ironía: la vida le regaló una segunda oportunidad cuando la creyeron muerta y la abandonaron allí, desangrada sobre su propia sombra.

Ahora estaba de pie, llenando sus pulmones en la vivienda destruida, encarando las cicatrices con la esperanza de reconstruir su mundo. Se dejó envolver por su propia red existencial, no como una presa, sino como quien finalmente teje el adiós a los fantasmas del ayer.

Carlos

Perú

Enrique Saldivar



Carlos

Perú

Enrique Saldívar

Algo en la cara

—¡Ag! —exclamó Marina—. ¡Mamá!

Su madre fue a socorrerla.

Observó lo que la joven tenía en el pómulos derecho: una arruga.

—No es posible —dijo la chica—, solo tengo veinticuatro años, no puedo tener esto. Mami, por favor, ponme alguna de tus cremas milagrosas. ¡Debo salir esta noche con Jaime!

—Hija, en menos de una hora te borraré esa imperfección.

Dicho esto, la mujer llevó a Marina a su habitación y le colocó una pomada en el rostro; se la frotó durante cinco, diez, quince minutos. La muchacha no se mostró impaciente. Su progenitora trabajaba en el negocio del cuidado de la belleza desde hacía treinta años. Sabía lo que estaba haciendo.

Tras veinte minutos de frotación, la mujer le dijo a la joven que se recostase en la cama. Le tapó los ojos con un paño húmedo, indicándole que, pasara lo que pasara, no hiciera ningún movimiento.

—Sentirás un ligero piquete, hija.

—¡No, mami, me va a sangrar! ¡Me verá peor!

—Te vas a curar, ¡hazme caso!

—Pero, mam...

—Claramente es una arruga. No deberías tenerla hasta dentro de varios años. ¿Lo comprendes? Si no detenemos este proceso de una vez, tu rostro se pondrá viejo, se llenará de esas horribles imperfecciones.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque así ha sido siempre. Ahora, ¡haz lo que te digo!

La joven hizo caso, se dejó caer sobre el camastro, recostó su cráneo sobre la almohada. No veía nada debido al paño. Temblaba un poco. Dijo:

—¿Me contarás todo después, mamá: la verdad sobre esa fea arruga?

—Te lo contaré en cuanto te haya curado. Solo espera cinco minutos. Entonces sentirás un pequeño piquete y habrá terminado todo.

La madre aguardó a que la arruga se hinchara; esta lo hizo en dos minutos. Medía un centímetro, creció a dos, llegó a tres. Marina no parecía sentirla. La extraña cosa se movió; le nació una pequeña cabeza que denotaba unos ojos saltones. Un hoyuelo rectangular parecía ser su nariz. Su diminuta boca contenía una veintena (hasta donde podía observarse) de filosos dientes. La mujer escrutó aquella cosa roja.

—Así que aquí vamos de nuevo —murmuró.

—¿Todo está bien, mamá?

—Sí, hija, ya casi está. Por favor, no emitas ningún sonido.

La monstruosa y pequeña criatura estiró su cuello de un centímetro y medio de largo. Miraba con odio el rostro de Tatiana, la madre. La deformidad emitió un sonido ligero y abrió la boca, mostrando sus terribles colmillos, los cuales comenzaban a crecer. —Este momento llegaría tarde o temprano. Menos mal que fue temprano.

Tatiana hundió una aguja en el cráneo de aquel ser, el cual murió de inmediato. La mujer lo sacó del rostro de su hija usando los dedos. El notable agujero rápidamente se cerró.

—¿Sentiste el hincón?

—Sí, mami, y no dolió nada.

—Perfecto. Ahora toma asiento, hablaremos de madre a hija.

—De acuerdo, mami, cuéntame, soy toda oídos.

Marina había ido a la fiesta. Volvería temprano. Tatiana había tardado más de una hora en contarle la historia de su familia. Aunque la joven se mostró asqueada al principio, terminó aceptando la cruel verdad. Bastante sorprendida por lo narrado, decidió salir de todas maneras, sobre todo cuando supo el lado positivo del asunto: en adelante sabría cómo mantener su belleza, al mismo tiempo que sabría cómo desprenderse de aquellas siniestras cosas que su cuerpo contenía y que eran parte de ella, como una extremidad o un órgano.

«Si escuchas aquellas voces, no tengas miedo, tan solo ignóralas; tu interés las despierta; al sentirse despreciadas, se irán. Ellas buscarán a alguien más de quien alimentarse. Recuerda, tu organismo puede resistirlas, aunque no más de un mes; has de pasárselas a alguien. No sé de otras personas que, como nosotras, puedan resistirlas más de unas pocas horas dentro de sus cuerpos. Somos especiales. Es algo innato, natural; no has de temer, es así como somos, no hay modo de evitarlo, hemos de convivir con esas cosas; no tienes muchas en tu interior en este momento, y lo bueno es que ya saben quién manda.

Aprovecha hoy esta salida para liberarlas. Sé que, al igual que tú, elegirán bien. Les gustará Jaime, es guapo, lozano, vital».

«Así lo haré, mami, pierde cuidado. No sé por qué me siento bien, como renovada».

Tatiana se plantó frente al espejo de cuerpo entero; se quitó la blusa y el sostén.

Una diminuta cabeza surgió de entre sus pechos. La horrenda criatura susurró:

—Lo hiciste bien, madre. La noche aún es joven, ¿podrías darme de comer?

¡Muchas gracias!

Para participar solo escribenos a:

convocatorias.dizaster@gmail.com

Equipo Editorial

Concentrado Cultural - Revista Literaria



TÚ, REVISTA

Concentrado Cultural



ADM

Sello editorial digital



Al
de
Grupo

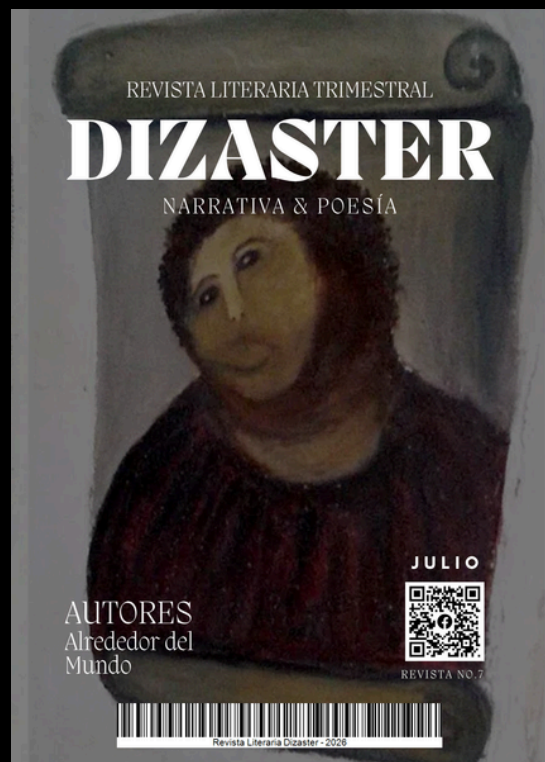
TU,
RE
Cancun

DI
Revista

Al
A
Sello editorial

Alrededor del Mundo

Página de Facebook



DIZASTER

Revista Literaria Trimestral

ABRIL

2026



REVISTA LITERARIA TRIMESTRAL

DIZASTER

NARRATIVA & POESÍA



181225-2026